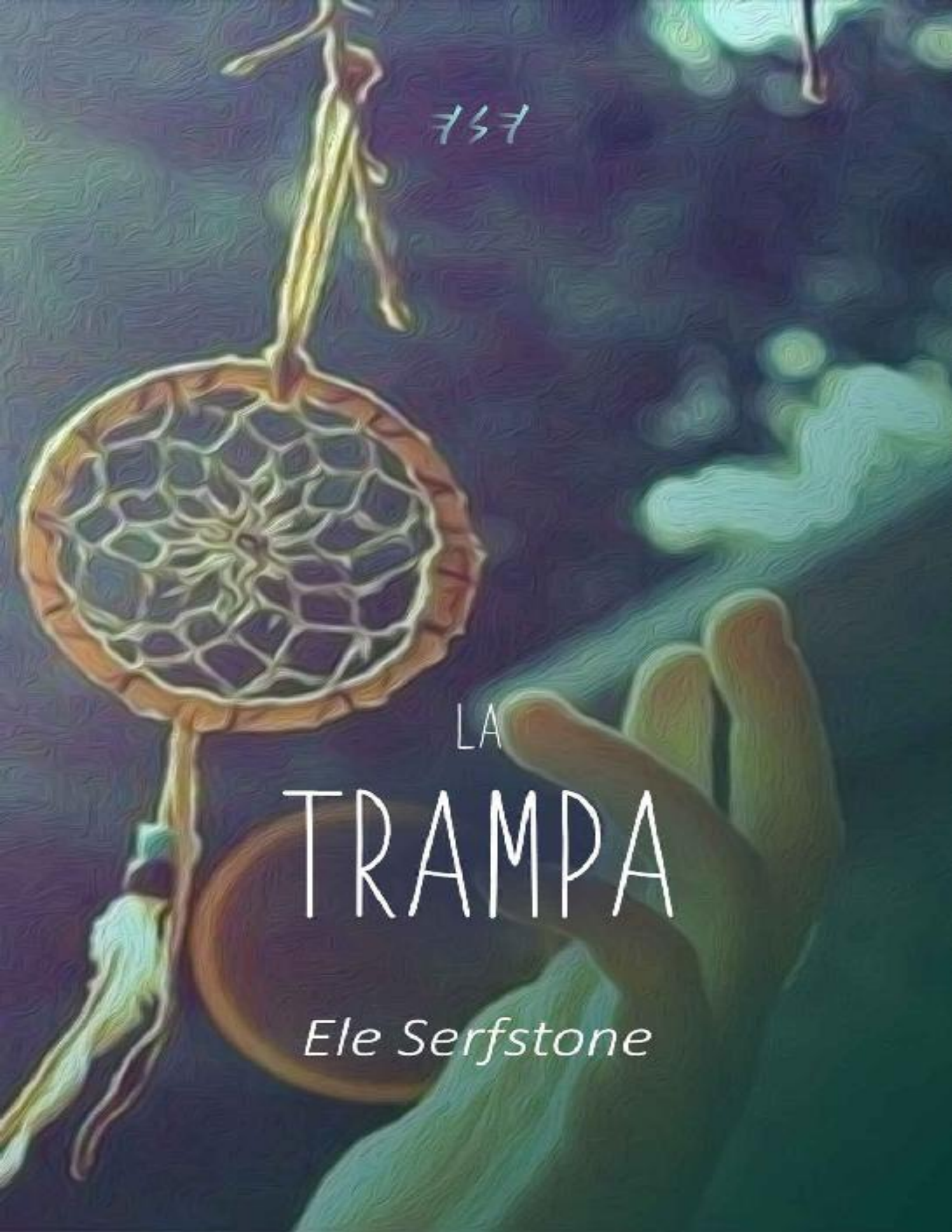


757

LA
TRAMPA

Ele Serfstone



737

LA

TRAMPA

Ele Serfstone

Título: La Trampa

Autor: Ele Serfstone

ISBN: 9781692882181

"[...]
*Un niño que llora medio ahogado,
Un juramento que nadie acepta,
Una esquina que salta de emboscada,
Un trazo negro, un brazo que repele,
[...]"*

PESADILLA

José Saramago

CONTENIDO

UNO.
DOS.
TRES.
CUATRO.
CINCO.
SEIS.
SIETE.
OCHO.
NUEVE.
DIEZ.
ONCE.
DOCE.
TRECE.
CATORCE.
QUINCE.
DIECISÉIS.
DIECISIETE.
DIECIOCHO.
DIECINUEVE.
VEINTE.
VEINTIUNO.
VEINTIDÓS.
VEINTITRÉS.
VENTICUATRO.
VENTICINCO.
VENTISÉIS.
VENTISIETE.
VENTIOCHO.
VEINTINUEVE.
TREINTA.
TRENTAIUNO.
TRENTAIDÓS.
TRENTAITRÉS.
EPÍLOGO.
SOBRE EL AUTOR.
AGRADECIMIENTOS.

UNO.



SE ASEGURA de dejar la puerta sin seguro. ¿Constará eso en el informe? Quiere pensar que no. En realidad, no sabe nada al respecto, no es como que se esté suicidando todo el tiempo. Si traba la puerta tendrán que forzarla y estarán predispuestos a toparse con cualquier cosa, no tendrá el impacto que espera producir. Pero si la puerta no tiene seguro, entonces entrarán con toda normalidad y, zas, la sorpresa.

Todo debe ser perfecto, por eso se aseguró de dejar la nota pegada en el reverso del colchón de su cama, dentro de una bolsa hermética de plástico. A saber cuándo la van a encontrar, si es que la encuentran algún día. Tal vez nunca le encuentren. De hecho, le emociona la idea de que nunca la encuentren.

Se quita toda la ropa. En un momento piensa en dejarse los calzoncillos, pero finalmente se los quita también. Que lo encuentren completamente desnudo aumentará el dramatismo del hallazgo.

El plan es simple. Se meterá desnudo a la bañera vacía. Quiere morir desangrado, no ahogado. Cortará ambas muñecas con las navajas de afeitar que su papá guarda en el gabinete tras el espejo. Antes de cortar, y para asegurar que no se arrepentirá, se tomará dos de los calmantes de Laura. Esas cosas podrían dormir a un caballo; es decir, duermen a Laura, suficiente

prueba de su efectividad es esa. De esa manera, estará consiente apenas lo suficiente para hacer los cortes, pero no tendrá forma de pedir ayuda o tratar de parar la hemorragia si se arrepiente.

¿Cómo debía ser el corte? ¿Vertical u horizontal? No lo recuerda; y ya no hay tiempo de confirmarlo. De todos modos, estará dormido, así que no importa, morirá desangrado y punto.

Toma la navaja del gabinete y se mete a la tina. Le resulta algo incómodo sentarse en la porcelana seca. La piel de sus testículos se pega a la superficie, otro tanto pasa con sus nalgas. Le lleva un buen de tiempo sentarse de forma cómoda. Va a morir, sí, pero no por ello morirá incómodo. Además, debe buscar una buena postura para quedarse dormido, algo que se vea dramático, contundente.

Agarra dos calmantes del bote. El resto los desperdiga por el suelo, de forma que parezca que salieron del bote al volcarse. Se toma los calmantes con el agua que preparó de antemano. Deja el vaso de plástico a un lado. Hubiera sido mejor que el vaso fuera de vidrio; así lo habría quebrado y hasta habría usado un trozo de cristal para hacer los cortes. Pero ni modo. Toma la navaja con firmeza y se prepara para hacer los cortes.

No es que no esté convencido, es que los sedantes actúan más rápido de lo que esperaba. Los ojos se le cierran y ya casi no siente los brazos. A como puede hace un corte en la muñeca izquierda, y trata de hacer lo mismo con la

derecha. No está seguro de si los cortes quedaron bien, ya no puede levantar los brazos para verlos. Estos quedan colgando a sus costados, en una posición que dista mucho de ser la que había escogido de antemano. No puede hacer nada. El dolor late en sus muñecas, cada vez menos, cada vez más distante, hasta que se desvanece por completo, lo mismo que el resto de su cuerpo, lo mismo que su conciencia. Ni siquiera sueña.

DOS.



EL CHICO vuelve a estar consiente. Algo hurga en su garganta, como si quisiera llegar hasta el estómago. Entonces siente cómo el contenido de su estómago sube por el esófago para terminar en el váter. Ese algo es la mano de su papá. Sin que pueda defenderse dos dedos vuelven a cosquillarle la úvula hasta que su estómago vuelve a verter su contenido.

Tose con violencia, con la garganta, la lengua y las encías quemadas por los jugos gástricos.

---Quédate conmigo, hijo, quédate conmigo ---dice su padre.

Intentan hacerlo vomitar otra vez, pero se resiste.

Su muñeca izquierda está envuelta en una toalla de mano es prensada por un cinturón. Su muñeca derecha es envuelta con una camiseta y es apretada con una corbata. Los dedos le hormigean por la falta de circulación.

Laura está en un rincón, encogida en sí misma, llorando. Se mese, como en un ataque de histeria. Se espanta en el momento en el que el padre alza al chico en brazos y lo lleva, por toda la casa, hasta la cochera, para subirlo a la camioneta. Laura va tras ellos, fuera de sí, con los ojos desorbitados.

---No te duermas, hijo, quédate conmigo, conseguiremos ayuda.

Laura se sube en el asiento de atrás, junto con el chico. Intenta mantenerlo despierto. El padre conduce todo lo rápido que puede.

Ninguno de los tres está seguro del cómo, pero terminan en el hospital. El padre entra cargando al chico en brazos, llamando de inmediato la atención de los curiosos.

---Ayuda, por favor ---dice el padre---. Es mi hijo.

---Tenga, hombre. Cubra al niño ---dice uno de los sujetos que esperan en la sala. Le entrega una chaqueta.

Laura toma la chaqueta y trata de rodear la cintura del chico. En realidad, ni ella ni el padre se habían dado cuenta de que el niño estaba desnudo.

---Ayuda...

Un par de enfermeras salen al encuentro del padre. Le arrebatan al chico de las manos para ponerlo en una camilla. Para ese momento el barullo en la sala es total.

---Es mi hijo ---insiste el padre---. Lo encontré en el baño, intentaba suicidarse.

Las enfermeras se lo llevan de la sala para dejar de dar espectáculo.

---Tomó sedantes y se cortó las venas.

Nomás escucharlo el doctor se acerca para examinarle la boca al chico.

---Lo hizo vomitar ---dice en tono serio.

---Sí ---reconoce el padre.

---Nunca debe hacerlos vomitar ---sentencia, y señala los hilillos de sangre que salen de la boca, por heridas en garganta y encías.

---¿Usted es el padre?

---Sí, doctor.

---Mejor salga de aquí.

El padre sale, resignado. Busca refugio en los brazos de su esposa. Laura lo envuelve y la da un beso en la mejilla, le susurra palabras al oído. Él no escucha las palabras, no les presta atención, mejor dicho. No tiene cabeza para nada.

TRES.



EL CALOR obliga al chico a quitarse el suéter. Su padre lo toma de forma instintiva, lo dobla a lo largo y lo pone sobre sus piernas. Al chico no parece importarle esa muestra de paternalismo, y a la gente de alrededor le pasa otro tanto de lo mismo. Aun así, más de uno mira al chico con particular atención, específicamente a las vendas que rodean sus muñecas. Él sabe que es observado, le gusta ser observado, le gusta cómo se siente la atención, le gusta atraer las miradas y, pensándolo mejor, le gusta esa muestra de paternalismo barato, así no tiene que cargar su suéter.

---Vas a estar bien ---le dice el padre.

No se le oye muy convencido. A diferencia de al chico, al padre no le gusta nada tanta atención. Cada mirada al chico, a las vendas, es una mirada que juzga, que recrimina, que reprocha.

El chico asiente en un movimiento de cabeza apenas perceptible, como si le pesara moverse. El resto de personas que se aglutinan en la salita de espera lo notan y vuelven a recriminar al padre con la mirada.

El padre piensa en excusarse, en dar una explicación, pero las palabras no

terminan de tomar forma dentro de su cabeza. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra. La señora de enfrente, por ejemplo, una mujer obesa con un vestido rojo nada favorecedor, parece retarlo con la mirada, parece esperar a que el padre hable para tergiversar sus palabras y hacerlo quedar como lo que seguramente es, un pésimo padre.

---¿Hugo Ginesi? ---dice la recepcionista.

---Aquí está ---dice el padre al instante, y agradece ser salvado por la campana---, es mi hijo ---entonces se pone de pie.

El chico le imita, también se pone de pie. Es alto, más no como el padre. Junto a él se ve pequeño. Cabeza y media más bajo. Además, es desgarrado. Contrasta con respecto al cuerpo robusto del padre, lo que lo hace ver más pequeño.

---Puede pasar, el doctor lo espera ---dice la recepcionista.

El padre pone la enorme palma de su mano derecha en la espalda del hijo y lo encamina rumbo al despacho del doctor. El hijo avanza con docilidad.

---Solo el joven ---continua la recepcionista.

---Entiendo ---confirma el padre, y deja que el hijo continúe su camino.

La mujer obesa de vestido rojo no deja de negar con la cabeza, lentamente, al tiempo que castiga al padre con la mirada; en seguida otros curiosos se le unen en la intimidación. Al hombre no le queda más remedio que regresar a su lugar y aguantar aquellas miradas.

CUATRO.



---PASA ---DICE el doctor.

El chico entra, como dudando, y busca refugio en el sillón más cercano.

---Claro, ponte cómodo ---sigue el doctor.

Se levanta de su silla, detrás del escritorio, y se encamina a donde está el otro sillón, para sentarse frente al chico.

---Hugo, ¿verdad?

El chico asiente.

---¿Qué edad tienes?

---¿No lo sabe ya? ---dice el chico.

El doctor sonríe. Ya se esperaba esa respuesta. Por un momento quiso desconfiar de sus instintos; pero no, sus instintos jamás lo decepcionan.

---Catorce años, entonces.

El chico asiente.

---Te gusta ser el centro de atención.

El chico no reacciona, permanece inmóvil, bastante sereno.

---Tenis Jordan rojo con negro, edición del 97, recién salidos de su caja

según parece. Jeans azules con costuras rojas, bastante sugestivas diría yo. Camisa negra con la leyenda "SURVIVOR". Vendas manchadas de rojo.

---Mis vendas están limpias ---dice el chico.

---Menos mal ---conviene el doctor---. ¿Te importa si tomo notas?

El chico no responde, apenas asiente con la cabeza. El doctor no lo ve, pues permanece concentrado en escribir en una pequeña libreta.

---¿Qué me hace distinto a cualquier otro adolescente? ---dice el chico, y se vuelve a acomodar en el asiento.

---Nada, supongo ---dice el doctor---. ¿Piensas contarme algo o solo fingiremos que hablamos hasta que se pase una hora? Me da igual, ¿sabes? La sesión ya está pagada.

---No sé por dónde empezar.

El doctor deja libreta y pluma a un lado, cruza las piernas y se recarga en el respaldo del sillón en actitud indiferente.

---¿Por qué no hablas de tu mamá? ---dice el doctor luego de un rato.

---¿Mi mamá?

---Es de manual, ¿sabes?

El doctor señala un libro en la mesita. Resalta el nombre de una persona, Sigmund Freud.

CINCO.



CUANDO MAMÁ murió se llevó con ella una buena parte de mí. No sé cómo explicarlo, solo sé que algo en mí se esfumó. No es que haya quedado alguna nubecilla de humo como las que usan los ninjas para distraerte mientras se escabullen sin que te enteres, no. Ese algo estaba y después ya no. Así de simple. Para ser honesto me resulta muy interesante eso de que algo se esfume de esa forma tan categórica. Y es que fue tan repentina su desaparición que no recuerdo cómo era o para qué servía. Muchas veces me pongo a pensar en eso. ¿Cambió mi personalidad? ¿Cambió mi forma de ver las cosas? No tengo idea. Papá dice que no lloré. Que cuando me informaron de la muerte de mamá mi rostro apenas se perturbó. No cabe duda de que pasó algo y de que ese algo me dolió, pues estuve casi una semana sin probar bocado alguno. Pero no hubo ni gota de lágrima, ni gimoteo, ni cara triste. Aún y con ese pronunciado ayuno mi rostro apenas mostró vestigios de sentir algo de dolor. Claro que, eso es lo que papá dice. Lamentablemente no recuerdo muy bien ese día. Hasta donde alcanza mi mente, tan pronto me enteré me acosté en mi cama y permanecí muy quieto. No dormí en toda la noche, y casi estoy seguro de que lloré un poco.

Pero, según esto yo no lloré, y no tengo motivos para desconfiar de lo que papá dice. Por eso creo que la culpa es de ese algo que tenía, pero que dejé de tener, sea lo que sea ese algo.

Cuando enterraron a mamá coloqué en su tumba un diente de león. Por fortuna, dentro de la trágica situación, cuando mamá murió había muchos dientes de león por todas partes. A ella le encantaban. Los dejaba crecer libres en el patio. En donde los vecinos veían mala yerba ella veía belleza. A mí me gustaba soplar a los dientes de león y ver cómo se desbarataban. Por eso puse un diente de león, ahí donde todo el mundo ponía rosas, margaritas o claveles. Incluso traté de soplar a uno, para que la pelusilla se esparciera en el aire, como una especie de homenaje para mamá. Aunque me encontraba tan débil por la falta de sueño y alimento que no pude soplar con la suficiente fuerza. Eso me hizo sentir muy triste.

La casa se volvió oscura y se quedó descuidada. Para los fines de semana la pila de trastes sucios se alzaba de forma peligrosa, amenazando con derrumbarse. Cientos de migajas adornaban el piso y auspiciaban la vida de ratones y cucarachas. Y para entonces mi única vestimenta limpia, a la medida de lo aceptable, era mi pijama. Tan desesperada estaba la situación que Bingo, mi gato, terminó abandonándonos. Me gusta pensar que Bingo se encontró una familia mejor, una donde un niño seguro que jugaba con él y donde una mamá amorosa ponía alimento en su plato cada día. Y la verdad es

que no culpo a Bingo por marcharse, de hecho, admiro su aguante por estar en casa hasta un mes después de la muerte de mamá. Si yo apenas recibía comida el gato simplemente no recibía nada.

Tía Brenda era quien venía a casa el domingo para hacer limpieza general. Sólo ese día comía tres platos calientes, me obligaban a ducharme y se preocupaban honestamente por mis tareas y mis calificaciones. Pero, mientras yo recibía las mejores atenciones de mi tía mi papá solo recibía regaños y reproches. ---Mira en qué estado está tu hijo, lo tienes en los huesos. La cocina es un desastre. No te hace daño tomar la escoba de vez en cuando. Es ahora más que nunca cuando tienes que comportarte como un verdadero padre. Por favor, reacciona. Deja de compadecerte a ti mismo, ¿cuánto más vas a seguir así? ---decía ella. De cualquier forma, a papá no parecía importarle nada de aquello. Escuchaba, asentía, negaba, todo sin pronunciar palabra. Estaba demasiado metido en sí mismo como para darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

SEIS.



---¿LE GUARDAS rencor a tu padre? ---dice el doctor. Entonces toma su libreta y hace algunas anotaciones.

---No ---dice el chico.

---¿Seguro? Suena como a un pésimo padre.

El chico lo piensa por un momento.

---Para él también fue difícil ---dice.

---¿En serio? ---insiste el doctor---. Debe ser así. ¿Qué tanto recuerdas?

SIETE.



AQUELLA FUE una etapa difícil. Tenía cinco años cuando mamá murió, y a su manera papá también murió con ella. Las dudas y los temores me rodeaban, me atacaban y me asfixiaban. Así pasaron varios años, años en los que me sentía tan solo y tan fuera de lugar. Y no es que recuerde todo lo que pasó; tampoco sé que tanta verdad o que tanta ficción hay en esos recuerdos; pero existen algunos episodios que se me quedaron muy grabados en la mente. Por ejemplo, fue en esas fechas que pasé uno de los peores dolores de mi niñez. Para ser honesto no recuerdo cuantos años tenía con exactitud, supongo que los suficientes para ser consciente de muchas cosas y los insuficientes para tener la debida experiencia en la vida. Desde luego que no hablo de la muerte de mamá, pues, para bien o para mal, cuando ella murió yo apenas me hacía consciente de mí mismo, así que fue relativamente fácil acostumbrarme a su ausencia. De lo que hablo es más bien físico. Queda claro que la culpa fue por mi falta de higiene y por el descarado desinterés de papá hacia mi persona. Cierta mañana al levantarme apresurado para correr al baño noté que algo no iba tan bien. Ya lo sospechaba al ir corriendo por el pasillo, pero lo

comprobé al comenzar a orinar. Un dolor insoportable, o mejor dicho un fuerte ardor parecido al de una quemadura, me hizo llorar. Y sí, por eso derramé lágrimas. Era el colmo del egoísmo. Llorar por algo tan absurdo como lo era un fuerte ardor en mi pene y no llorar por algo tan trascendente como lo fue la muerte de mamá. Pero no era solo el ardor, también era ese sentimiento de soledad. Cuando escuché los pasos de papá acercándose al cuarto de baño mojé mi cara con la intención de disimular las lágrimas. Me sentía avergonzado por llorar. Siempre me sentí avergonzado por eso. Si no lloré por la muerte de mamá, ¿con qué derecho lloraba por otra cosa?

Papá me dedicó una larga mirada, la primera que me dedicaba desde hacía mucho tiempo. ---¿Te pasa algo vaquero? ---preguntó con una pizca de interés. Pero no me sentía con la confianza de decirle nada. Solo negué con la cabeza, repetidas veces, tantas que terminé convenciéndome a mí mismo de que nada pasaba. Y él lo aceptó. Me revolvió el cabello mientras me deslizaba fuera del baño y luego cerró la puerta con pestillo. Sentí el corazón ligeramente exaltado por ese breve contacto físico. Me molestó mucho que revolviere mi cabello, pero lo perdoné, pues en ese momento lo que más quería era un abrazo y la promesa de que todo estaba bien, de que no tenía nada malo. Sentí, sin embargo, que todo aquello se resumía en mi cabello revuelto, aunque no fuera cierto.

Vestirme fue una faena. Y fue una faena aún mayor el caminar hasta la

escuela. Aquellos días me parecieron exageradamente largos, exageradamente calurosos, y cuantas exageraciones más pudieran imaginarse. Era como si todo se aumentará de tamaño y de intensidad. Lo particularmente insoportable era el extraño olor que manaba de mi entrepierna. Supongo era una mezcla de sudor rancio, orina y lo que debía ser una infección.

Al único que le comenté del asunto fue a mi amigo David. Le di muchas vueltas en la cabeza antes de decidirme a hablar. Pero el dolor me apremiaba, así que un buen día se lo dije. Como el que no quiere la cosa le comenté en el tono más casual que pude: ---Oye David, ¿a ti nunca te ha dolido ahí? ---y ya sea porque no di suficiente énfasis en el "ahí" o porque lo comenté de forma tan desinteresada, pero David no acababa de entender mi pregunta---. Ya sabes, "ahí" ---insistí, esta vez con un ademán que cualquiera con una mínima de capacidad hubiera podido entender.

David negó con la cabeza. Me miró con ojos muy abiertos y me invitó a que hablara de eso. No con palabras claro está, sino con un gesto. O al menos así fue como lo interpreté. Pasé a contarle a groso modo la calaña de mi problema. David escuchó. Y tal vez por lo escabroso del asunto o por la expresión de mi rostro, que no debía ser otra que la de una sincera preocupación, no se burló de mí.

---Es que... ---dijo con incomodidad---... tienes que limpiarte, ¿sabes? Yo lo hago cuando me baño. Tienes que lavar bien con jabón. Haces la piel para

atrás y lo lavas bien.

La explicación, sencilla y contundente, no tardó en convencerme. ---Tienes que lavar bien con jabón---. De pronto y se me antojó tan obvio. Me habría gustado que alguien me contara ese pequeño detalle con anterioridad. Tía Brenda no me lo dijo, o tal vez sí. Cuando me mandaba a bañar me decía que debía tallarme muy bien de todas partes, pero, ¿cómo iba a saber yo lo que implicaba eso de "todas partes"? Aun así, siendo sinceros, el que debió decírmelo era papá.

Ese día llegué a casa decidido a ducharme. Nomás entrar le dije a papá que tomaría un baño. Él me dedicó otra extensa mirada, como la que me había dedicado hacía tres días cuando casi me descubre llorando. Sonreí lo mejor que pude y me retiré. Ya en el baño me desnudé con torpeza. Cosa razonable considerando el dolor. Lo primero que hice una vez desnudo fue echar una meada. Tenía todo el día aguantándome. La orina salió, apenas en un hilo, de un color tan oscuro que se parecía al café que papá tomaba en las mañanas. La comparación me pareció más asquerosa que divertida. Lo que si llegaba a torrentes era el dolor. Apreté tanto los dientes que pensé que se me quebrarían. En un chispazo de ingenio se me ocurrió tomar una de las toallas para manos y hacer un rollo. Eso me sirvió como mordedera y para ahogar los gruñidos que el dolor me arrancaba. Lo peor fue la ducha. Cada vez que enjabonaba y frotaba para limpiar la suciedad que se había formado, el dolor se hacía

presente; era insoportable. La toalla apenas y amortiguaba mis gritos.

Al cabo de una semana de duchas diarias el aspecto de la piel mejoró, y luego de dos semanas el dolor desapareció. Aquel episodio de mi vida quedó muy grabado en mi mente. Se trató de un problema que me superaba, para el cual no estaba preparado, y sin embargo lo superé. Me sentí orgulloso de mí mismo por enfrentarlo yo solito. Después de todo, así estaba y así me sentía, era yo solito contra el mundo.

OCHO.



EL CHICO se queda en silencio, como a la espera de alguna reacción por parte del doctor. La reacción, sin embargo, no aparece; al menos no de forma visible.

---¿Por qué no lo dijiste a tu padre? ---dice el doctor para romper con ese silencio.

---¿Decir qué?

---La infección ---dice el doctor---. O tu impresión de que él estaba muerto por dentro.

El chico se retrepa en su asiento, visiblemente nervioso.

---No lo sé. Supongo que, pensé que no me creería.

---Obviamente no confías en él. Bueno, confiabas. Ni en él ni en tu tía.

» Por cierto, la intensidad de la coloración de la orina se da por factores como la alimentación o la deshidratación, no por infección. Es sólo un dato curioso.

---Cree que lo inventé ---dice el chico.

El doctor toma nota en su libreta.

---Yo no dije eso ---señala el doctor---. Lo que sí dije es que no confiabas en tú padre. ¿Me equivoco?

---No es una cuestión de confianza.

El doctor vuelve a tomar nota.

---¿Entonces?

NUEVE.



NUNCA ME gustó compararme con los demás, mis amigos o mis compañeros de escuela, por ejemplo, pues en esas comparaciones yo siempre era el que salía perdiendo. Desde mi perspectiva imaginaba que tenían una relación estrecha con sus respectivos padres. Los oía hablar de los sitios que visitaban los fines de semana o durante las vacaciones, o los juegos que jugaban juntos, o los proyectos en los que ambos participaban como padre e hijo. Pero yo, yo estaba solo. Sin mamá desde luego, pero también sin papá. He de admitir que nuestra relación era distante, si he de hacer honor a la verdad. Aunque jamás fui el nene más cariñoso no me hubiera disgustado un abrazo o una palmada en la espalda de vez en cuando. De igual forma, aunque tampoco era el pingo más travieso, me hubiera gustado que papá se preocupara, aunque sea un poquito, por lo que estaba haciendo. Y, sin embargo, mi padre era distante, no sólo conmigo sino con todo y con todos, así que ni siquiera su indiferencia me hacía sentir especial. ¿Por qué mi papá no podía ser como los otros papás?

Y la verdad es que las cosas no las dejé exclusivamente en sus manos. Yo

personalmente en muchas ocasiones intenté llamar su atención. Por ejemplo, cierta mañana tomé mi cuaderno de dibujo, mi regla escuadra y mi lápiz de madera del número dos. Ya con todos los materiales esboqué lo que a mí muy humilde parecer era el perfecto plano de una casa en el árbol. Puse mucho esmero en conseguir algo bueno, a semejanza de los planos que papá hacía en su estudio. Pero cuando se lo mostré papá lo miró de modo superficial. Musitó algo casi inaudible. Alcancé a distinguir algo así como que aquello se caería a la menor provocación. Y después me pidió que lo dejara trabajar. A la mañana siguiente me despertó todo el escándalo que se habían montado en el patio de atrás. Al ver por la ventana me encontré con un montón de tablones y hojas de madera. Además de a cuatro hombres trabajando a todo vapor, cortando la madera con sierras, marcando el árbol con lápices rojos, clavando clavos, cosas así. Desde luego que no se me permitió acercarme. No porque papá me lo impidiera, sino por los mismos trabajadores. No dejaban de invitarme repetidas veces que entrara a la casa, pues había muchas herramientas peligrosas y tablas con clavos.

Para el final del día había una flamante casa del árbol nueva. Era la envidia de todos los chicos de la cuadra. Claro que no se parecía en nada a la que diseñé. Tenía una escalera de caracol que subía rodeando el árbol, hasta una construcción cilíndrica de dos plantas con un balcón en la parte más alta. Cuando fui a contarle a papá que unos completos desconocidos construyeron

una casa en el árbol del patio, y que casi me amputo el brazo con la sierra y me encajo clavos en ambos pies, se limitó a decirme: ---Qué bueno que te gustó campeón.

Otro día le dije que tenía novia en la escuela. Volteó a verme por cinco segundos, y acto seguido, me dio cien pesos y me dijo que le invitara un helado, y que no regresara tarde a casa pues tenía permiso solo hasta las cuatro. Desde luego que la novia era inventada, pero, en fin, por lo menos obtuve cien pesos que no tenía antes.

Que yo supiera papá no era aficionado a ningún deporte. Y tampoco es que yo lo fuera. Supongo que él ignoraba eso. Después de que la tía Brenda insistiera tanto en que yo debía practicar algún deporte, papá me compró un ejemplar de cada balón y pelota que encontró en la tienda. De pronto irrumpió en mi habitación y dejó un montón de bolsas. Dijo algo que no entendí y luego se fue. Tenía un balón de fútbol soccer y otro de americano, un balón de basquetbol, uno de voleibol, uno de rugby ---que es parecido al de americano, pero no igual---, una pelota de béisbol, una de golf, otra de tenis, hasta un puck de hockey y un gallito de bádmin-ton. Debo admitir que me extrañó un poco que se olvidara de la pelotita de ping pong. Supongo que tal vez en la tienda ya no había de esas. De cualquier forma, ningún balón o pelota tuvo uso. No tenía amigos en la cuadra con quienes jugar, no me dejaban llevarlos a la escuela, y por supuesto que papá no dedicó tiempo a jugar conmigo.

Dos semanas después de recibir los balones y pelotas le dije a papá que quería ir a ver un partido de fútbol. Tenían rato anunciándolo en la televisión. Papá se limitó a decir: ---Claro campeón---. La emoción me duró un ratito, pues llegado el fin de semana terminé en la custodia de mi primo Rafa. Me llevó a ver un juego que no entendía, con equipos que no conocía. Él sí que se divirtió. Yo no. Lo único que quería era pasar ese rato con papá. Sin él todo el viaje era un fiasco sin sentido.

DIEZ.



EL DOCTOR se levanta, va a su escritorio y agarra su botella con agua, luego regresa al sillón. Destapa la botella, le da un trago, vuelve a taparla y la deja a un lado.

---¿Cómo te hizo sentir eso? ---dice finalmente.

---¿Qué?

---Los intentos fallidos por llamar la atención de tu papá.

---Supongo que un poco decepcionado.

---¿Qué creíste que iba a pasar?

---No sé. Que, jugaría conmigo; o, hablaría conmigo. No lo sé.

---Pero las cosas mejoraron, ¿no?

ONCE.



PASADA LA fiebre deportiva, y por instancia de la tía Brenda, papá empezó con el proyecto más bizarro de todos, salir de nuevo. El reloj marcaba las cinco de la tarde cuando de pronto irrumpió en mi casa del árbol. Recuerdo que era un día jueves. Dijo algo así como que esperaba que no estuviera haciendo nada indecoroso, para luego echar la puerta abajo y entrar a toda prisa. Se dirigió encorvado a donde estaba, pues erguido toparía con el techo de la pequeña casa, y se sentó con dificultad a una corta distancia de mí. Lucía gracioso todo hecho nudo en aquel pequeño espacio, después de todo éste no había sido diseñado para alguien tan alto como él. Le miré sorprendido, coloqué sobre la mesita la historieta que estaba leyendo, y puse ambas manos sobre mi regazo. Se me quedó viendo con semblante entre nervioso y asustado. Estuvimos así por un buen rato, el suficiente para que se volviera muy incómodo. Entonces, sin más preámbulos, lo soltó. Según sus palabras textuales "era momento de buscarme una nueva mamá". Pasó cerca de dos horas presentándome todos los argumentos a favor por los cuales era apropiado el que lo hiciera y por los cuales yo no debía enfadarme ni

ofenderme. Ciertamente aquello me tenía sin el menor cuidado, aunque he de admitir que fueron las dos horas más largas de mi vida entera. Seguro que por tener que esperar todo ese tiempo para saber en qué continuaba mi historieta. Terminada su disertación se quedó en silencio, como a la espera de una respuesta. Me limité a decirle que aquello estaba bien. Dos palabras fueron suficientes para mi padre, pues asintió con la cabeza y en seguida se levantó y se marchó a toda prisa de la pequeña casita del árbol.

Las siguientes semanas hizo muchos cambios. Limpió la casa, se compró ropa nueva, se hizo un nuevo corte. Hasta se compró un de esos nuevos teléfonos celulares. Según tía Brenda estuvo tantos años tan absorto en sus proyectos, trabajando tantas horas y tantos días, que su cuenta en el banco se infló desmesuradamente; sea lo que sea que eso signifique. Así que se forzó a no trabajar más que cinco días a la semana, solo ocho horas diarias. Con tanto tiempo libre volvió a ir al gimnasio, durante las horas en que me encontraba en la escuela, cosa que hizo una rutina. Se veía un poco más motivado, cosa que me puso contento. Lástima que siguió sin hacerme caso, aun y con todo ese tiempo libre. Y así pasaron los días.

Para papá el concepto de las niñeras era completamente ajeno. La primera noche que salió me dejó un juego completo de las llaves de la casa y una copia de las llaves de la camioneta que estaba en la cochera. También me dejó quinientos pesos para imprevistos y me dijo que sólo podía ver tele hasta las

once de la noche. Cuando le pregunté que a quién debía llamar en caso de emergencia se limitó a anotarme los tres dígitos del número de emergencias en un post-it amarillo, el cual luego pegó a un lado del teléfono. Esa noche encargué pizza con el dinero de imprevistos. Y aunque era tentador quedarse despierto viendo tele hasta las once al final terminé rendido como a las nueve y media. Más tarde papá me despertó al sentarse junto a mí en el sillón donde me quedé dormido. Me dedicó otra de sus largas miradas mientras mordisqueaba un pedazo de pizza fría. Como solo comí dos rebanadas la pizza estaba prácticamente completa. Esa señora no fue la indicada según dijo escuetamente. Luego de eso se echó sobre la alfombra y se quedó dormido. Yo por mi parte volví a acurrucarme en el sillón. A la mañana siguiente ambos nos levantamos con dolor de espalda. Por esos meses estuvo saliendo mucho, hasta cuatro noches a la semana. Y cada noche repetía la misma operación, dejarme las llaves, dejarme dinero y darme permiso de desvelarme. Claro que ya no volví a encargarme de pizza, así como ya no volví a quedarme dormido en el sillón.

A casa solo trajo a dos señoras. La primera fue como a los dos meses que empezó a tener citas. Era una mujer joven, o que al menos se veía mucho más joven que él. Cuando la señora me vio se fue directo a pellizcarme las mejillas. Y como casi no tenía mejillas en verdad me dolió mucho que estrujaran la poca piel de mi rostro. La mujer tenía una voz chillona bastante

molesta. Y esa única vez se la pasó examinando y catalogando cada cosa en mi casa, desde el tapete que decía bienvenido en la puerta de entrada hasta la marca del dentífrico en el gabinete del cuarto de baño, claro, pasando por los muebles y cada chuchería electrónica. Al final pareciera que algo no le gustó, pues poco después rompió con papá.

La segunda mujer que trajo a casa era más o menos de la misma edad que papá. Con esta tardó un poco más, pues tuvieron que pasar casi seis meses desde que rompiera con la primera mujer. Tal vez la experiencia le hizo actuar con mayor cautela. Como sea, ese día me obligó a bañarme y a vestirme con mi mejor ropa. Y el "trajo" es relativo pues la señora llegó a casa por su propio pie. Sonó el timbre de la puerta y papá corrió a atender. Me indicó con una seña que me acercara antes de que abriera la puerta, respiró profundo un par de veces, y luego abrió. Al verme la mujer se limitó a sonreír y estrecharme la mano. Dijo una única cosa, en tono frío y monótono, algo así como que yo debía ser el pequeño Hugo, después entró. Le seguía un chico de aproximadamente mí misma edad. Papá se inclinó para quedar más o menos a su misma altura y lo saludó con un fuerte apretón. También le dijo unas palabras con el saludo, pero honestamente no le presté atención a lo que decía. Y es que me sacó de onda ver sus lentes. Incluso estiré el cuello para echar una hojeada al exterior, y vi lo que ya sabía, el cielo estaba nublado. Pero como no se quitara los lentes ni siquiera en el interior de la casa deduje que

estos no tenían nada que ver con el sol. Papá se encargó de las presentaciones. La mujer se llamaba Laura y el chico se llamaba Ulises, papá se llamaba Marcos y yo me llamaba Hugo. Fue un momento incómodo para todos debo agregar.

Ambos adultos se ausentaron en su mundo de adultos. Conversaban de cosas que al menos para mí no tenían el menor sentido, mientras intentaban con torpeza preparar la cena en la cocina. Verles igual de nerviosos y descuidados les confería un cierto aire de complicidad. Y por el brillo en las miradas de ambos deduje que se estaban divirtiendo, por lo que me alegré por mi papá. En cuanto a Ulises, él permaneció hundido en el sillón sin decir o hacer nada. Sabía que estaba vivo pues veía el movimiento de su pecho y de su vientre al inflarse y desinflarse con cada respiración. Tuvo que pasar un buen de tiempo para que me diera cuenta de lo que ocurría. Ulises dormía, aún con sus lentes de sol bien puestos.

La cena consistió en un filete de res medio quemado y una ensalada a base de lechuga y tomate. La carne estaba buena, aunque algo salada, mientras que a la ensalada le faltaba francamente mucha personalidad. Yo logre terminarme todo mi filete, aunque no puedo decir lo mismo de las verduras. Ulises sin embargo se limitó solo a picar ambas cosas de modo que apenas y se terminó la mitad del filete y la mitad de la ensalada. En cuanto a Laura y papá, ambos arrasaron con todo.

No fue la única vez que cenamos juntos. Las reuniones se volvieron periódicas, unas veces en casa de Laura y Ulises, otras veces en nuestra casa. Devoramos platillos clásicos, exóticos o complicados, según el humor que tuvieran Laura y papá. Y fue al término de una de estas cenas que papá soltó la noticia. Él y Laura iban a casarse. Casi devuelvo los espárragos al oírlo.

DOCE.



EL DOCTOR hace algunas anotaciones en su libreta, después toma un poco de agua.

---Estás de acuerdo en que el cambio fue para mejorar, ¿verdad? ---dice.

El chico clava la mirada en los ojos del doctor. El doctor le sostiene la mirada sin inmutarse.

---No me puse celoso, si es lo que pregunta ---dice el chico.

---Ni siquiera lo insinué.

El doctor vuelve a hacer anotaciones en su libreta.

---Lo digo en serio ---insiste el chico.

---Te creo.

TRECE.



LOS SIGUIENTES dos meses posteriores a la cena en la que papá soltó la gran noticia fueron caóticos. Con papá pocas cosas tenían un "sentido" propiamente dicho. Es decir, papá siempre fue de las personas que actuaban más movidos por emociones que por la razón. Además de ser, supongo por su trabajo, un sujeto bastante creativo, y por extensión, un hombre bastante excéntrico. Sus diseños, por ejemplo, tenían éxito por ese matiz surrealista que su personalidad les imprimía. Así pues, los preparativos para la boda no fueron la excepción. Después de todo Laura era, según aparentada, sino igual, al menos sí muy parecida a papá. No podría hablar mucho de su personalidad, pues su misma excentricidad le servía de impermeable. Pero si podría hablar de lo que quedaba claro a simple vista. Al verla, por ejemplo, te podías dar cuenta fácilmente qué día de la semana era. Los lunes usaba alguna prenda roja, los jueves alguna verde, los domingos algo morado; en fin, un color distinto según el día de la semana. Y si eso no es excentricidad que venga alguien y me diga qué sí lo es. A Ulises le tenía prohibido le dijese mamá, por lo que él la llamaba por su nombre de pila. Y lo mismo me dijo a mí ---

Llámame Laura---. Cosa que no discutí en lo más mínimo. Trabajaba en una agencia inmobiliaria donde destacaba como una de las mejores vendedoras, imagino por su forma de hablar, siempre directa. A resumidas cuentas, las personalidades de ambos, Laura y papá, encajaban a la perfección la una con la otra. Lo mismo sus criterios, o al menos eso creo. Como sea, eso finalmente quedó reflejado en los preparativos de la boda.

Fue un periodo extraño. Cierta día, por ejemplo, un martes a juzgar por su blusa naranja, Laura pasó a recogerme a la escuela. Me sentí extraño pues hasta entonces siempre había caminado solo devuelta a casa. No sé por qué, pero a Laura se le ocurrió que debía ir hasta mi salón de clases y disculparme ante la maestra para que me dejara salir veinte minutos antes. Todos mis compañeros me observaron con una mezcla de perplejidad e incredulidad. La mayoría ya sabía que tendría una nueva mamá, pero saberlo es una cosa, confirmarlo es otra. Pude sentir todas las miradas clavadas a mi espalda conforme me dirigía fuera del aula. Una sensación muy incómoda para ser honesto.

El auto de Laura estaba aparcado en el estacionamiento, justo en el cajón destinado para el director. Subí al asiento de atrás donde descubrí a un Ulises igual de dormido que siempre. Sus lentes estaban un poco caídos, tumbados a la punta de la nariz. Así que aproveché para acercarme más y ver sus ojos, pero él al instante despertó. En un rápido movimiento acomodó los lentes. Su

rostro permaneció inmutable. ---Mejor que ajustes tu cinturón ---dijo y luego sonrió.

Laura no dejó de decir cosas mientras conducía. El auto se movía de un lado a otro zarandeándonos con violencia. Tanto movimiento me hizo imposible prestar cualquier atención a sus palabras. Ulises no soltó sus lentes ni un segundo con la intención de que estos no se fueran a mover de su sitio. Para cuando conseguí abrochar el cinturón de seguridad ya habíamos llegado a nuestro destino. De inmediato Laura volteó a vernos con mirada severa. ---¿Entendido? ---dijo. Asentí de manera mecánica, pero vaya si no había entendido nada.

Bajamos del auto. Yo me sentía mareado por lo brusco del viaje. Ulises se veía igual de cansado que siempre. Y Laura, tan fresca como era ella, se apresuró a colocar un par de monedas en el parquímetro. Después se echó a andar mientras volvía a hablar. Ulises de inmediato se fue tras ella, siguiéndola lo más cerca que le era posible. Yo tenía que ir casi corriendo para alcanzarla. Siempre he sido de pasos cortos, diferente a Ulises, que quizás por fuerza de necesidad acostumbraba a dar pasos largos y bien calculados. Cada paso de Ulises equivalía a dos pasos y medio de los míos. Luego de un rato llegamos a las puertas de una gran tienda de ropa. Para entonces ya estaba agotado y adolorido de los pies. Otra vez me había sido imposible prestarle atención a Laura. El lugar era enorme, con grandes

aparadores llenos de maniqués, todos ellos vestidos de etiqueta. Laura nos apuró para que entráramos al establecimiento. ---Espero haya quedado claro a qué venimos ---dijo, y nos dedicó otra de sus características miradas severas---. Nada de juegos. Esto es serio ---siguió---. Si se portan bien los llevaré a comer pizza.

La seguimos hasta los probadores. ---Veo que el cuerpo de ambos es prácticamente igual. Eso hará las cosas más sencillas ---dijo---. Espérenme aquí.

Hasta ese momento no había reparado en ello. La altura de Ulises era idéntica a la mía. Lo mismo el tamaño de las manos y los pies. Incluso el tamaño de la cintura y los hombros. La única diferencia física era mi tez morena ante su piel pálida. Y por supuesto los rasgos faciales. Aunque hasta entonces el rostro de Ulises seguía siendo un misterio para mí. Lo que sí me quedaba claro era que ni su nariz ni su mentón se parecían a mi nariz y mentón.

Al cabo de unos minutos, tiempo en el que ninguno de los dos dijo o hizo nada, Laura volvió cargando varios trajes completos, como los que usaban los maniqués en los aparadores de la tienda. ---Pruébenselos. Deben escoger uno cada quien ---dijo, y los puso sobre una de las sillas---. Regreso en unos treinta minutos. Tengo otras cosas que comprar.

Tan pronto Laura se fue me concentré en revisar los trajes. En total eran seis. Pensé que, si cada quien tenía que probarse los seis a fin de escoger uno

y en total solo teníamos treinta minutos, eso nos daba por lo menos cinco minutos por traje; tiempo en el que tendríamos que ponérselo y movernos un poco por la habitación para confirmar que nos sentíamos cómodos. Explicué eso a Ulises mientras los acomodaba en fila. Le dije que él empezara por un extremo mientras yo empezaba por el otro extremo.

---No es necesario ---dijo---. Mira las etiquetas. Todos son de la misma marca, de la misma talla y del mismo corte. Si uno te queda los otros te quedan también. Además, son muy parecidos, casi idénticos. Las diferencias entre uno y otro son tan mínimas que no importa cuál tome. Podría escoger uno al azar y con los ojos cerrados.

Pensé en eso por un rato. Cada traje constaba de un pantalón negro, una camisa blanca, un chaleco negro y un saco negro. Pantalón, camisa y chaleco eran idénticos. Las únicas verdaderas diferencias estaban en los sacos, pero aun así las diferencias eran tan ínfimas que bien podía decirse que no importaban.

---Toma cualquiera ---siguió---, digamos éste ---y me extendió uno de los trajes que había acomodado en fila---. Ahora pruébalo. Lo más probable es que te quede bien. Si te queda, ten por seguro que cualquiera nos quedará a ti y a mí.

Tomé el traje de manos de Ulises. Me quedé inmóvil un momento pensando en sus palabras. Ulises por su parte no perdió tiempo en encontrar una buena

silla para echarse a dormir. Resoplé, luego me dirigí al probador. Tal como el dormilón dijo me quedó a la perfección. Claro que sí. Después de todo Laura aparentaba ser una mujer observadora. ¿No fue ella la primera en notar la igualdad en nuestros cuerpos? Además, es de tomar en cuenta su experiencia comprando ropa para su hijo. Claro que el traje me quedaría, y claro que le quedaría a Ulises.

Volví a colocarlo junto a los otros. Con esa vista general de los seis, puestos ahí en fila, los examiné con cuidado, dedicándole su tiempo a cada uno de forma individual. Finalmente decidí quedarme con el segundo de izquierda a derecha. El saco tenía un cuello que se habría hasta la altura del ombligo y además era de color rojo. El resto de los sacos eran completamente negros.

Pasados los minutos exactos que Laura indicó regresó cargando algunas bolsas con compras. ---¿Ya decidieron? ---dijo.

Ulises hizo un gran esfuerzo por despertar y levantarse. ---Sí ---respondió, luego bostezó---. Ambos queremos ese.

Señaló el traje que previamente yo había escogido, el del cuello rojo. ¿Cómo supo que yo quería ese si se había dormido todo el rato? Ni siquiera era el que me dio a probar.

---Bien, será ese por dos ---dijo Laura---. Pero las solapas serán celestes. La boda es en viernes, ¿saben? Todo será celeste. Ahora vámonos.

En seguida nos dirigimos a la zapatería. ---Nada de tenis, botines, o cualquier otro calzado informal. Serán zapatos de vestir, elegantes y sobrios, para un evento decente y de buen gusto. ¿Entendido? ---dijo. Ambos asentimos. Por sorprendente que parezca, tanto Ulises como yo usábamos la misma talla, así que fue fácil para la dependienta el traernos algunos pares. Ahora, no es que me importara mucho, pero no quería que Ulises seleccionara los mismos zapatos que yo, así que esperé a que él escogiera primero. De todas las opciones que nos trajo la mujer de la zapatería, Ulises seleccionó el mejor par. Volteo a verme mientras señalaba los zapatos, como diciéndome que quería esos solo porque eran los que yo quería. Pero no me dejé intimidar. Hice como que no me afectaba y escogí el segundo mejor par. ---Entonces serán estos dos ---dijo Laura. Al instante la dependienta los alzó y los llevó a la caja.

Después de eso Laura nos llevó a comer pizza, como prometió. Era entre semana y aun en horario escolar, así que el lugar estaba prácticamente vacío. Nos sentamos en la mesa más alejada de los toboganes, pues según dijo Laura no quería ruido, cosa innecesaria pues de todos modos los toboganes estaban solos. Cuando gritaron el nombre de Laura me pidió que fuera a recoger el pedido, y obedecí. Nomás volver la encontré ocupada en una llamada. Nos dedicó una de sus miradas severas, después se levantó y fue hasta la otra esquina del local.

---Es un cliente ---dijo Ulises---. Estará en llamada un buen rato. Treinta minutos si bien nos va---. Dicho eso tomó el refresco y sirvió dos vasos. Uno para él y otro para mí.

---¿Laura no comerá nada? ---pregunté. Aunque en realidad ya sabía la respuesta.

---No ---dijo Ulises.

Tomé una rebanada y empecé a comerla, muy despacio. Treinta minutos era mucho tiempo, y a lo sumo sólo me comía dos rebanadas, así que tenía que hacerlas rendir. Ulises hizo lo mismo, aunque no podría asegurar si era con las mismas intenciones.

---¿Cómo supiste cuál traje quería? ---comenté de modo casual. No quería sonar tan intrigado.

Ulises se tomó su tiempo para responder. Masticó la pizza que traía en la boca y bebió un poco de refresco, después habló: ---Era el mejor ---dijo, como restándole importancia---. Los otros se veían aburridos.

---¿Y los zapatos? ---apunté.

---¿Qué tienen los zapatos? ---dijo.

---Seleccionaste los que yo quería ---y vaya si los seleccionó con intención, de eso estoy seguro.

Hizo una pausa en la que incluso dejó de masticar, como pensando su respuesta. Después de la pausa terminó de masticar y bebió un trago de

refresco. ---Tú elegiste unos distintos ---dijo al fin.

---Porque tú pediste los que yo quería.

Hizo una extraña mueca, como un intento de sonrisa. No podría asegurarlo a ciencia cierta, pues los lentes le cubrían casi toda la cara. ---Si te gustan tanto podemos intercambiar ---dijo---. A mi igual me gustan los que tú seleccionaste.

Me terminé la primera rebanada y tomé la segunda. Ulises hizo lo mismo.

---Eres muy raro, ¿sabes? Casi no hablas, siempre traes esos lentes y parece que no te importa el que muy pronto seremos hermanos ---dije.

Volvió a tomarse su tiempo para contestar. El mismo proceso de la pizza y el refresco. Tal vez lo hacía para ganar tiempo y pensar sus respuestas. ---No soy muy platicador ---dijo---, y me gustan estos lentes. Sobre ser hermanos, eso es algo que se sale de mis manos. Además, me caes bien, por si eso te hace sentir mejor. Y espero sinceramente que yo no te caiga mal a ti. Así que no puedes decir que no me importa el que pronto seremos hermanos, porque sí me importa. Más bien, de lo que sí puedes estar seguro, es que eso no me afecta. Por eso estoy tranquilo. Ahora que, ya que lo mencionas, ¿a ti te afecta?

La pregunta me pescó desprevenido. ¿Me afectaba? No me había detenido a pensar en eso.

---Pues ---dije---. No lo sé. Creo que no. No estoy seguro.

---No sé tú ---siguió Ulises---, pero queramos o no seremos familia, y

queramos o no estaremos juntos. Así que, ¿por qué no simplemente dejamos las cosas fluir? No tengo fuerza para sentirme celoso, amenazado o molesto. Y siendo un poco egoísta, aunque Laura no sea la mejor mamá del mundo, yo la quiero, y ella se ve feliz con tu papá. Y yo quiero que sea feliz.

---Mi papá también se ve feliz con tu mamá ---dije---. Y yo también quiero que sea feliz.

Y es verdad que tenía ese deseo. Aunque también era verdad que lo que más quería en el mundo era que papá fuera mi amigo. Pero, de todas formas, antes de Laura igual no me hacía caso. ¿Para qué entonces tendría que fastidiarle el día sintiéndome celoso?

---Entonces, a nuestra manera, ambos tenemos intereses parecidos, ¿no? --- dijo con cierta suficiencia.

---Pues sí ---reconocí. Igual no tenía ganas de molestarme---. Entonces, ¿seremos amigos?

---Sí, eso es lo mejor ---dijo---. Seamos los mejores amigos.

Terminamos la pizza en silencio, sin mucho que decirnos el uno al otro. El mismo silencio del local, en ese día y a ese horario, no contribuía nada para quitarle lo incómodo a la situación. Nos llegaban retazos de la conversación de Laura, intentando convencer a un tal "Pier", o algo así, de comprar "la casa de valles", sea lo que sea que eso signifique. Luego de unos treinta minutos, quizás más o quizás menos, Laura terminó con la llamada y volvió a donde

nosotros. Se comió apresurada una rebanada de pizza fría, bebió de un trago el sobrante de mi refrescó y nos indicó con voz severa que era el momento de irnos.

Ya en ocasiones anteriores había estado en casa de Laura y Ulises. Aunque claro que en compañía de papá. Ahora sin embargo era diferente. Descartando por obvio el hecho de que papá no estaba, de entrada, se podía mencionar lo temprano que llegamos a la casa. Honestamente no me hacía una idea de en qué ocuparía tanto tiempo. La casa era en esencia una completa desconocida para mí, y Ulises por su parte no se veía como la compañía más divertida. Además, quedaba claro que Laura no me llevaría a casa. De verdad, bastaba verla a la cara para darte cuenta de eso. Es decir, nomás entrar se quitó la mascada naranja que rodeaba su cuello, como diciendo ---ya desarreglé mi atuendo, ya no pienso salir---. Un gesto bastante elocuente debo admitir. La mascada terminó en un perchero junto a la puerta, haciendo compañía a un montón de mascadas de colores tan variados como los del arcoíris.

---Pongan las cosas por ahí ---dijo. Supuse se refería a las cosas que traíamos cargando.

---¿Y la pizza? ---dije. Y es que no me imaginaba una caja de pizza en el suelo, como si tal cosa. Y seguro que a ella misma no le haría nada de gracia ver la caja en el suelo. Desentonaría con la estancia, es decir, con el orden y la armonía del lugar, cosas así.

Laura no respondió, estaba demasiado ocupada anotando cosas en su agenda. Escribía algo, luego se llevaba la pluma a la boca y la mordía con los dientes frontales. Un gesto más bien sutil y delicado, y no tanto desagradable. Ponía cara de estar pensando en algo importante, con el ceño algo fruncido. Un rostro hermoso para hacer honor a la verdad. Después seguía anotando cosas en su agenda.

---Yo me encargo ---dijo Ulises. Arrancó la caja de mis manos, con un tirón tan fuerte que también me arrancó del hechizo de Laura. Eso me dio un poco de pena, pues me le había quedado viendo muy fijamente, y era seguro que Ulises lo había notado.

---Por ahí ---dijo Laura al fin, como si de pronto recordara la pregunta que le hice.

Obedecí y acomodé las cajas de zapatos en el mueble del televisor. Quedaba un espacio vacío en la parte de abajo. Luego colgué en el perchero las bolsas con las compras de Laura. Tuve que asegurarme de distribuir bien el peso para que no se viniera abajo.

---Por cierto ---siguió---, dice Marcos que llegará como a eso de las cinco.

Vaya si Laura tenía una manía con los nombres de pila.

---Está bien ---dije. Eso confirmaba mi sospecha de que pasaría toda la tarde en esa casa.

---Quiero que se duchen ---continuó. Hizo gesto de olfatear algo en el aire, algo particularmente desagradable, incluso hizo aspavientos con la mano, como si el hedor fuera insoportable.

---¿Bañarnos?

---Apestan ---concluyó. Anotó una última cosa en su agenda, la cerró y la guardó en su bolso---. Yo estaré en mi oficina.

---Pero no tengo ropa ---dije.

Laura no me escuchó, o bien de plano me ignoró. Se fue directo a una de las habitaciones, su oficina seguramente, y se encerró en ella.

---No te preocupes ---dijo Ulises--- yo te presto ropa limpia.

---No me pondré tus calzones ---dije. Las palabras brotaron de mi boca sin que pudiera detenerlas. Claro que en esencia era lo que pensaba, pero eso no significa que planeara decirlo de esa manera.

Ulises me miró en silencio por un rato, como pensando sus palabras. ---Tengo algunos que son nuevos, aún en su paquete. Está sellado y todo. Puedes estar tranquilo de que esos no los he usado antes.

---Ya ---dije---, realmente no me importa. Es solo que no me quiero bañar. Además, ni siquiera apesto. Mi sudor no huele, ¿sabes?

Ulises cruzó los brazos y otra vez me miró por un rato, el suficiente como para hacerme sentir incómodo, más de lo que ya me sentía.

---No tienes por qué hacerlo ---dijo---. Laura no lo notará. No verá si te

duchaste, si te cambiaste de ropa o si en verdad apestas.

---¿Es en serio?

---Muy en serio ---siguió---. Lo dice con la intención de que obedezcamos, desde luego, pero está tan ocupada en sus asuntos que no se tomará la molestia de comprobar que lo hayamos hecho. Ese es uno de sus defectos. Claro que no hay que abusar, ¿eh? Si se da cuenta será peor. Pero por ahora creo que no notará si no nos duchamos.

Dicho eso dio media vuelta y se fue. Lo seguí. No porque él me lo pidiera, claro. Es que no quería quedarme solo en la estancia. Esa casa estaba tan iluminada y limpia que no acababa de gustarme. Ni siquiera la casa de mi tía tenía ese nivel de orden. Era, por decirlo de alguna forma, incómoda. Caminamos por un largo pasillo con puertas y fotografías a los costados. Bueno, no tan largo. Por otra parte, no me interesaron menos las puertas que las fotografías, aunque estas últimas sí que las observé con mayor detalle. Básicamente por si en alguna se revelaba el rostro de Ulises. Desde luego que eso no pasó. En todas donde su cara quedaba clara salía con sus característicos lentes. De acuerdo, variaba un poco el diseño al pasar del tiempo, imagino que según la edad. Quizá los cambiara cada año o algo así. Solo hubo una fotografía en la que salía sin lentes. Se veía de unos cinco años, tal vez menos. Un señor lo traía cargado en los hombros. Ulises lo abrazaba de la cabeza así que cubría con sus manos gran parte del rostro del hombre.

Seguro era su papá. Sin embargo, Ulises reía tanto que sus ojos estaban cerrados y la cara se le veía deformada por innumerables arrugas.

---Este es mi cuarto ---dijo, y abrió la puerta del fondo.

Su habitación no era tan espaciosa como la mía. La única ventana daba a los cerros, y por alguna razón no tenía cortinas. Estaba la cama, un escritorio con un televisor, un librero, un armario ropero, una caja llena de juguetes. En fin, era la típica habitación.

---Vaya ---dije sin mucho ánimo. No me fue posible ocultar mi falta de interés.

Me invitó a pasar, así que entré. Nunca antes había ido a la casa de un amigo, mucho menos entrado a su habitación. Debo admitir que sentía algo de nervios.

---Estabas viendo las fotos, ¿verdad? ---dijo.

No cerró la puerta de la habitación. Tal vez no le gustaba sentirse encerrado, pues además abrió la ventana. El cerro se veía más verde ya sin el cristal de por medio. Aquella era demasiada luz para mi gusto. Claro que Ulises no debía notarlo con sus lentes oscuros.

---Ah, ¿sí? ---dije.

Se rascó el hombro derecho con la mano izquierda. Después ajustó sus lentes. ---Haces esto, ¿sabes? Te les quedas viendo a las cosas y a las personas muy fijamente ---dijo---. A veces es incómodo.

---Pero no es a propósito ---apunté.

Caminó al librero, tomó un libro muy grueso, se lo llevó a la cama y se sentó a leer. O bueno, así pareció. En realidad, solo abrió el libro por la mitad y lo puso entre su rostro y mi vista, cómo si aquello fuera una especie de protesta.

---De acuerdo, soy curioso ---seguí---. Me imagino que eso es algo molesto para algunas personas. Pero tienes que aceptar que es extraño que siempre traigas esos lentes.

---¿Extraño? ---dijo.

---Llama la atención ---y vaya si lo hacía---. Es decir, ¿por qué los usas?

Bajó el libro, me vio un momento, después volvió a alzar el libro.

---Vamos, dime ---insistí.

Bajó el libro de nuevo. ---Ya te respondí a eso.

---Sí, claro, porque te gustan ---dije---. Pero, o sea, ¿en verdad los usas todo el tiempo? ¿Desde siempre?

---¿Es tan importante para ti saberlo? ---dijo.

---Ya. Entiendo si no me quieres decir.

---Pues no, no quiero ---reconoció.

Ya no insistí. Si no quería decirme estaba en todo su derecho. Además, ni me afectaba ni me beneficiaba saberlo, era simple curiosidad. Di media vuelta y me puse a ver por la ventana. Era la primera vez que veía el cerro tan

cercas. Era extraño, pues a esta distancia se veía verde, seguro que por todos los árboles. Pero de lejos, desde mi casa, por ejemplo, se veía azul.

---Hugo ---dijo Ulises. Sentí raro al escucharlo decir mi nombre, como si su voz no mereciera pronunciarlo. Aunque, ¿de qué otra forma me llamaría entonces? ---. No es que no quiera decirte, es que es muy complicado.

Hizo una larga pausa, tan larga que pensé que ya había terminado, pero finalmente continuó: ---. Mira ---hizo otra pausa, aunque más breve---. Tal vez así entiendas por qué los uso ---una pausa más---. Pero ya no preguntes, ¿vale?

Di media vuelta en el momento en el que se quitaba los lentes. Su rostro no tenía nada de ordinario, y para muestra sus ojos. Por supuesto, eran tan cafés como los míos, quizá un tono más oscuro, pero estaban matizados por esa marca a todo enredador. Era como un antifaz. Círculos rojizos, resaltando sobre su piel pálida. Parecía un mapache.

---Qué rayos ---dije---. Son...

---Ojeras ---apuntó.

---Pero, ¿por qué?

---Prometiste no hacer preguntas.

---Está bien.

Me quedé en completo silencio, incluso aguanté la respiración para que ni siquiera eso se escuchara. Realmente no sabía que decir o cómo reaccionar. Ulises debió notar mi incomodidad pues volvió a ponerse los lentes. Se me

quedó viendo un poco más, seguro que analizando la expresión de mi rostro. Ignoro que expresión tenía. Conociéndome seguro que una muy poco cortés. Después de eso regresó la vista a su libro. Fijo que no lo estaba leyendo, solo fingía.

---Oye ---dije después de un largo rato---. ¿Y si vemos televisión?

---Esa no es una tele ---dijo.

Dejó el libro en la cama y se acercó a la pantalla. Debajo del escritorio había una mesita pequeña, según parecía sujeta al escritorio por una especie de mecanismo de rieles. Deslizó la mesa pequeña y sacó un teclado muy parecido al de las máquinas de escribir, y también otra cosa a la que definitivamente no le hallé forma.

---Es una computadora ---siguió---. No me digas que no habías visto una.

---Pues no, esas cosas deben ser carísimas.

Regresó la mesita a su lugar. ---Sí, algo ---dijo---. Aunque no creo que lo valga.

---¿Por qué lo dices?

---No se puede hacer gran cosa con ellas, ¿sabes? Tiene algunos juegos, aunque todos aburridos. Puedes dibujar, suponiendo que tengas la suficiente paciencia. También puedes escribir, como para hacer la tarea, pero solo eso.

---¿Como una máquina de escribir?

---Sí, algo así.

---Yo tengo una en casa. Bueno, es de papá, pero me la presta. Pero no la uso mucho. Me equivoco a cada rato, y cada que me equivoco tengo que volver a empezar de nuevo. Eso es muy molesto. Prefiero un lápiz o una pluma.

---Me imagino ---dijo---. En esta se puede acomodar el texto, hasta que quede bien, luego lo imprimes.

---Genial.

---Oye. Si quieres ver la tele podemos ir a la sala.

---Sí. Aunque creo que te quedarás dormido ---dije.

---Bueno, igual me quedaré dormido si estamos acá. Pero al menos allá tendrás algo que hacer.

El resto de esa tarde la pasamos viendo televisión. O por lo menos yo, aunque aclarar eso ya está de más. A las cinco con diez llegó papá. Cenamos uno de los exóticos platillos de Laura, un experimento basado en una de las recetas de la nueva revista bimestral a la que se subscribió. En fin, una noche de "cena familiar" tan idéntica a las muchas otras que ya habíamos tenido. Y como con muchas otras cenas terminé malo del estómago, cosa que el inodoro resintió de forma muy concreta.

CATORCE.



EL DOCTOR se endereza en su asiento y se estira para desperezarse.

---Bueno, tienes una vida bastante entretenida. Pero dime, ¿por qué me cuentas estas cosas?

---Su trabajo es escuchar, ¿no? ---dice el chico.

---Desde luego. Para eso me pagan.

» Lo que me recuerda que se nos acabó el tiempo, nos vemos la próxima semana.

» De cualquier forma, trata de pensar en la pregunta que te hice, ¿por qué me cuentas estas cosas?

QUINCE.



EL CHICO sale del despacho bastante molesto. Al llegar a la salita de espera una sola mirada suya basta para que el padre salte de su asiento.

El padre pretende decir algo, pero ese algo nomás no llega, así que termina dando un par de torpes palmaditas al hombro derecho del chico. La mujer obesa de vestido rojo ya no puede mirarlo con más desaprobación, ha llegado a su límite, así que bufa de agitación, como para intentar llevar a un paso más allá su descontento.

Padre e hijo salen del consultorio, suben a una camioneta y se ponen en marcha. Ninguno de los dos nota que se han dejado olvidado el suéter en la sala de espera.

El camino es tan silencioso como incómodo. El padre no decide si es prudente poner música o no. El chico no da señas de estar interesado en esa cuestión. La radio permanece apagada, a la espera de ser tocada, como antes.

---Tengo que ir al baño ---dice el chico.

Lanza sus palabras al cristal de la ventana. La ventana no reacciona. El padre tampoco. Al menos no da señas de reaccionar. Porque sí que escuchó

las palabras. Aunque no quería oír las, al menos no hasta llegar a casa.

---¿Puedes esperar? ---dice el padre finalmente.

El chico pestañea como toda respuesta. Una respuesta bastante elocuente.

El padre se pasa al carril de la orilla y entra al estacionamiento de un supermercado. No tarda en encontrar sitio, pues es jueves por la mañana. Aparca cerca de la puerta del edificio.

Padre e hijo caminan, el uno al lado del otro, y se dirigen a los sanitarios.

---Si te espero aquí, ¿prometes no tardar? ---pregunta el padre.

El chico no responde, simplemente sigue su camino a uno de los cubículos.

El padre ve avanzar a su hijo. La mirada de desaprobación de la mujer obesa de vestido rojo se le aparece en la mente, tan nítida como la imagen de la espalda de su muchacho. Se traga el orgullo y va tras él.

---Déjame revisar tus bolsillos.

El chico no responde, pero igual se detiene en seco.

El padre hace un cateo superficial, sin dejar de sentirse avergonzado, con el ferviente deseo que nadie entre a los sanitarios en ese preciso momento. Finalmente revisa cada bolsillo. Un par de monedas, goma de mascar y un clavo de acero.

---¿Y esto?

---Lo encontré ---dice el chico.

---Me lo quedo.

El chico entra al cubículo y pretende cerrar la puerta, pero antes de conseguirlo el padre atraviesa la mano.

---No te preocupes ---dice el padre---. Yo cuidó que nadie te vea.

DIECISÉIS.



EL DOCTOR escribe en una libreta. Traza dos líneas con fuerza, como remarcando algo, después deja libreta y pluma sobre el escritorio. Sigue sin dirigir la mirada al chico que espera de pie en la puerta. Incluso se toma el tiempo de agarrar su botella con agua y darle un par de sorbos para humedecer los labios, todo con una parsimonia exasperante.

---¿No te vas a sentar? ---dice.

El chico entorna los ojos con recelo. Rodea el sofá de la última vez y se sienta. Solo entonces logra atraer la mirada del doctor.

---Zapatos y pantalón negros, camisa blanca, todo de vestir, bastante elegante. ¿La corbata se la quedó tu papá? No te creo que sea el uniforme de la escuela.

---Lo es.

---Por cierto ---sigue el doctor---. Cuidado con ese asiento. Le falta un clavo, ¿sabes? No se vaya a caer.

El chico no comenta nada al respecto.

---Bueno ---continua el doctor---, el tiempo corre. Ya pasaron como diez

minutos. No, miento, han sido sólo cinco.

DIECISIETE.



LOS DÍAS pasaron y con ellos los arreglos fueron tomando forma. La selección de flores, claveles pintados de azul, o mejor dicho celeste. La tajante decisión por parte de Laura de no usar globos por considerarlos de lo más ordinarios. La selección de música por parte de papá, un verdadero viaje en el tiempo a la década de los setenta. La rabieta de Laura por rechazar al cuarteto de cuerdas en el que su primo segundo tocaba, lo mismo que a su tío el concertista de piano que hacia una divina interpretación del "Canon in D" de "Bach", misma que por cierto el cuarteto de cuerdas también interpretaba divinamente. El descarte de las pechugas rellenas a la "Cordon Blue" por ser ordinarias y luego la vuelta a las mismas por no encontrar un buen sustituto para el plato fuerte. El descarte del pastel de vainilla con mermelada de chabacano por ser ordinario y luego la vuelta al mismo por no encontrar otro que llenara sus expectativas. En fin, todas esas cosas de las que apenas me enteraba por lo rápido e inconexas que se comentaban por casa. Ni que decir tiene que al final si se usaron globos para decorar el lugar de la recepción, justo por no encontrar un sustituto lo suficientemente festivo para decorar.

Todo estaba salpicado de celeste, en sus distintas variantes, aunque en ese momento era difícil notar las diferencias en el conjunto. Es en serio. Las solapas en los sacos, tanto el de Ulises como el mío, la corbata y el chaleco del traje de papá, las piedras en el vestido de Laura, los manteles en las mesas, la pintura antinatural en los claveles blancos, las invitaciones, los globos, el decorado del pastel, y un largo etcétera. Bien lo dijo la tía Brenda - --Si quería azul celeste, pues que le cueste.

Fue una boda extravagante si he de hacer honor a la verdad. Más que nada por la extraña mescolanza entre los gustos de Laura y los de papá. Tal era la extrañeza que aquella fue la primera y única vez que vi ebria a la tía Brenda. Se me acercó, me dio un beso en los labios y luego me dio un opresivo abrazo, casi a punto de asfixiarme. ---Estoy muy contenta por ti ---me dijo---, y por ti - --dijo a Ulises, para después darle un beso en los labios y apretujarlo en un fuerte abrazo---. Se portan bien ---concluyó, luego se quedó dormida en su silla. Abrazaba el arreglo floral, el centro de mesa, como con temor a que alguien se lo quitara.

La luna de miel fue un anodino viaje familiar de tres días a Cancún. Rentaron una habitación para Ulises y para mí, y al otro lado del pasillo una habitación para Laura y papá. Los tres días los pasé hecho una pasa en la alberca del hotel, desde que me dejaban meterme hasta que me decían que ya no era horario para niños. Sobreviví con la comida del bufet, el único lugar en

el que a veces coincidía con Ulises, o con Laura, o con Papá; raramente con dos de ellos, no se diga con los tres. El resto del tiempo ignoraba qué estuvieran haciendo, y ni interés que tenía por enterarme. Cada noche hacía un esfuerzo sobrehumano por no imaginar lo que ocurría del otro lado del pasillo. Porque, es cierto que ignoraba muchas cosas, claro, pero no "todas las cosas". De cualquier forma, el tiempo pasó, y finalmente llegó el momento de irnos. Coincidimos todos juntos en recepción al término del tercer día. Y así como así, como quien no quiere la cosa, regresamos a casa.

No creo que sea necesario detallar mucho ese viaje, es decir, como mencioné antes apenas y coincidí con ellos. Bueno, si acaso aquella vez en la alberca, pero tampoco es muy significativo. Nadaba de perrito en la parte más onda, básicamente para impresionar a unas chicas rubias que debían ser extranjeras porque nomás no les entendía cuándo hablaban. Me habían estado viendo cuando me lanzaba clavados desde la plataforma. Y seguro pensaron que no lo advertí, pero claro que me di cuenta; la forma en que se hacían confianzas y se sonreían y reían la una a la otra, y la manera en que me señalaban con la barbilla, o cómo apretaban los labios, como si lanzaran besos. Debían tener unos quince o dieciséis años, seguramente gemelas, apenas distinguibles porque una tenía el cabello corto y la otra el cabello largo.

¿Sabe? Ahora que lo pienso, viéndolo en perspectiva, tal vez estuvieran

burlándose de mí. No sé. Lo que sí es que en ese momento sentía que me admiraban, no tanto mi rostro, que ya dije que soy feo, sino mi cuerpo y mi técnica para los clavados. Y bueno, con todo ese flirteo tuve un pequeño inconveniente ahí abajo, así que me tuve que quedar en el agua dando vueltas, nadando de allá para acá. De momentos incluso flotaba boca arriba, justo por el inconveniente que se marcaba con nitidez, sin dejar nada a la imaginación, ya sabe, por culpa de la delgada tela de mis shorts y el agua, y con el secreto deseo de que a las chicas extranjeras les gustara lo que veían, cosa que de paso me motivaba. Algo así como una especie de círculo vicioso.

En fin. El caso es que en eso estaba cuando me llamó.

---Hugo... ---gritó desde lo lejos.

Bien pudo acercarse a la piscina y luego llamarme con discreción. Pero no, tenía que gritar desde la puerta del hotel.

No fui el único que volteó a verlo; media piscina, incluidas las chicas rubias, le dedicaron sendas miradas. Caminaba a pasos cortos, como aborreciendo las sandalias que traía, que por cierto le iban grandes. No sé si era por intervención divina, o porque de plano apretó mucho el cordel, pero los enormes shorts se sostenían a duras penas en sus caderas. Yo mismo rezaba al cielo porque no se le cayeran de improviso. Además de eso llevaba una ridícula toalla rosa cubriéndole hombros y espalda; y como no podían faltar, esas gigantescas gafas negras ocupando la mayor parte de su rostro.

Nomás verlo las chicas comenzaron a reírse. Era una burla en toda regla. Se podrá imaginar la vergüenza que me causó.

---Hugo, hola... ---dijo. Y tomó la tumbona que estaba a un lado de las chicas.

Ahí dejó sandalias y toalla; incluso tuvo tiempo de voltear a donde las chicas y sonreír, sonrisa que acogieron con más risas ahogadas; entonces se acercó al borde de la piscina.

---¿Está muy honda? ---preguntó al tiempo que se inclinaba para ver el fondo.

Debió darle vértigo, porque hizo los brazos atrás, como para recuperar el equilibrio, lo que a su vez provocó que perdiera sus lentes.

---Rayos ---alcanzó a decir. O una cosa así.

Se puso de cuclillas y se inclinó un poco al frente, para corroborar que en efecto sus lentes estaban en el fondo.

Hubo más risas por parte de las chicas.

Ulises me miraba con súplica, obviamente quería que le ayudara a recuperarlos. Pero si apenas podía nadar de perrito, claro que no podría sumergirme hasta el fondo. Además, acostumbraba a flotar, así que casi de forma automática me iba a la superficie tan pronto entraba al agua.

---No puedo ayudarte ---le dije. Entonces le expliqué lo de mi tendencia a flotar.

Las chicas ahora nos veían a los dos, y seguían riendo. Lo que ahora sí tomé como una burla hacia mí.

---Es mi hermanastro ---dije, pues sentí que debía aclararlo.

Ulises se me quedó viendo al rostro con cara de extrañeza.

Las chicas por su parte parecieron no escucharme. Pero claro que me oyeron, porque luego de más risas respondió una de ellas. ---Ok guys, no problem.

Tan pronto la escuché salí del agua. ¿Cómo podía decirme eso después de todo el tiempo que invertí en impresionarlas?

---No... ---dije enfático---, yo no soy gay.

Y es verdad, no lo soy. De Ulises no me constaba, pero tampoco es que hubiera motivos para creerlo.

---Hugo... ---interrumpió él. Le dediqué dos segundos, mismos que bastaron para ver cómo me señalaba la entrepierna con un fallido intento de disimulo.

Claro, aún tenía aquella inconveniente erección; no tan pronunciada, desde luego, pero se notaba en los shorts mojados y pegados a mi piel.

---No me señales, tonto, por eso nos dicen así ---dije, y tomé la toalla rosa para cubrirme.

Eso produjo más risas. Sin embargo, la otra chica no tardó en intervenir.

---Oh no, sorry, perdón ---dijo con un acento raro---. Mi hermana dijo

guys, que es chicos. No gays.

En ese momento no entendí muy bien la explicación. En realidad, la entendí hasta el día siguiente. Como sea, me senté en la tumbona muy avergonzado. Y las chicas debieron notar mi incomodidad, porque se serenaron y volvieron a disculparse, luego se levantaron para marcharse. Claro, no sin sonreírnos por última vez, y sin antes dar un par de lentes a Ulises. Y desde luego que ya no volvieron.

---Lo siento ---dijo al ponerse las gafas de la chica---. No sabía que estabas con ellas.

No dije nada. Solo dejé la toalla en la tumbona y me lancé al agua.

Pero el tipo era terco, porque insistió en hablarme.

---Yo no sé nadar, ¿sabes?

Es decir, ¿en verdad quería que me pusiera a enseñarle, ahí, enfrente de todos?

DIECIOCHO.



---PARECIERA QUE sólo pretendía ser tu amigo ---dice el doctor---. ¿No lo crees?

El chico se remueve ansioso en su asiento.

---Sí, lo sé.

---¿Qué no quedaron en que serían los mejores amigos?

---Sí, eso dije.

---¿Acostumbras decir cosas y luego no cumplirlas?

---¿Insinúa que miento?

---No insinúo nada, lo pregunto directamente.

---No miento.

---Supongo que esa es la forma en que tratas a tus amigos.

---Soy un buen amigo.

---Claro que sí.

El doctor anota en su libreta.

DIECINUEVE.



NO VOY a mentir diciendo que no fue un cambio brusco para todos. Pero tampoco fue algo tan extraordinario o significativo. Después de todo ya estábamos acostumbrados a vernos. No en vano Laura se tomó el tiempo de recogerme cada día después de la escuela, para llevarnos a Ulises y a mí, ya sea a su casa o bien a la mía, según tuviera humor. Quedaba claro que aquella fue una descarada artimaña para forzarnos a convivir juntos.

Nomás volver mi cuarto sufrió una transformación. Básicamente le agregaron una cama más, pusieron una computadora en mi escritorio y amontonaron la ropa de Ulises en el espacio que quedaba libre en mi clóset. Como ya no cupo su librero tuvo que conformarse con poner sus libros en el librero de la estancia.

---Tienes muchos balones y pelotas ---dijo al poner su caja de juguetes junto a la mía. Estaba tan llena de chucherías. Dudo que realmente jugara con esas cosas alguna vez.

---Papá los compró, pero no los uso ---dije.

Adaptarse a la escuela también tuvo lo suyo. Es decir, conocía a mis

compañeros, a algunos de ellos desde el preescolar, y ellos a su vez me conocían a mí. Claro, tampoco es que fuera el más popular, pero con todo ya tenía bien definido mi papel dentro del grupo. El que de pronto apareciera con un nuevo hermano causó todo tipo de reacciones. Los primeros en resentirlo fueron mis amigos, pues quisiera o no Ulises estaba conmigo todo el tiempo, y honestamente no les caía muy bien que digamos. Y no los culpo, en serio. Ulises no era nada simpático. A mí en lo particular no me caía mal, pero en ocasiones me parecía muy aburrido. Y por otra parte estaban sus excentricidades. Ser hermano de Ulises no era nada fácil, no en la escuela. Se quedaba dormido a mitad de la clase, o en algún rincón a la hora del recreo. Y cada vez tenía que cuidarlo para que no le pasara nada malo. Ya sea despertándolo cada que se acercaba la maestra, o ya sea vigilando que los otros chicos no le pintaran dibujos obscenos en la cara. Ya una vez le había pasado que despertó con el dibujo de un enorme pene en la mejilla derecha.

---Tienes que dejar de dormirte en la escuela ---le dije.

No respondió, pero sí se encogió de hombros, dejando claro que entendía lo que le decía.

---Si tienes tanto sueño, ¿por qué no duermes en la noche, como la gente normal?

Debió enojarse conmigo, porque ya no me habló. Se la pasó pegado a su computadora, haciendo tarea supuestamente. Y así estuvo hasta la hora de la

cena, tan enfadado que apenas la probó. Laura lo reprendió por eso, pero Ulises se limitó a quedarse callado. Su silencio era como una muralla impenetrable.

---Oye, te lo digo porque eres mi hermano ---dije al entrar a la habitación--. No está bien que vivas con sueño todo el tiempo.

Volteo a verme y se quitó los lentes, quizá para darle más dramatismo a sus palabras, no lo sé. ---No puedo dormir en las noches ---dijo---. No debo hacerlo.

Dicho eso se fue al baño, a ducharse, lavarse los dientes y esas cosas. Pero, ¿qué rayos significaba? ¿Qué persona no puede o no debe dormir? La duda no dejaba de molestarme. Y como si no fuera suficiente su extraña respuesta, encima se dejó los lentes sobre su cama. Ahí estaban, observándome fijamente, retándome, enfrentándome. Definitivamente el tipo estaba chiflado, gravemente tocado de la cabeza.

Volvió luego de quince minutos exactos, sin más ropa que unos calzoncillos blancos. Se puso su piyama, pantalones grises y una camiseta blanca. Se puso sus lentes. Me dedicó una mirada cargada ---cargada de qué no tengo idea, pero indudablemente cargada de algo--- en fin, lo suficientemente pesada como para incomodarme. Luego se metió entre sus cobijas.

---No entiendo por qué dices que no puedes dormir. Te quedas dormido

casi en cualquier lugar. Y en las posiciones más extrañas y más incómodas.

---No sé por qué te interesa tanto ---dijo.

---¿No sabes por qué? ---¿cómo se atrevía a decirme eso? ---. ¿Crees que es fácil cuidarte todo el tiempo? Cada que te quedas dormido por ahí, ¿quién crees que vigila que no te hagan nada raro?

Volteo a verme. ---Nadie te pidió que me cuidaras ---dijo.

---Ya sé que no ---dije enseguida---, pero eres mi hermano, y también mi amigo. Te cuido porque me importas.

No dijo nada más. Se dio vuelta para darme la espalda y se acurrucó bajo sus cobijas. Se cubrió hasta la cabeza, y como cada noche encendió una de sus linternas. Ya no le insistí. Total, que hiciera lo que quisiera. Dejé la historieta que estaba leyendo a un lado, apagué la lámpara de mi mesita y me acurruqué en mi cama. En la oscuridad de la noche resaltaba aún más la luz de la linterna de Ulises. Me llegaba opaca a través de sus cobijas. Aunque en las primeras noches me molestó un poco ya para estas alturas estaba acostumbrado. Así que lo ignoré. Solo cerré los ojos y me dormí.

Hay muchas formas de despertar, o eso imagino, es decir, tantas como se les pueda llegar ocurrir a las personas, después de todo la Tierra es un lugar enorme. Pero sin duda una de las peores formas de despertar es por un grito de pánico. Y vaya si lo sé. En mi sueño vi a mamá. Me daba la espalda mientras arrancaba dientes de león en el patio de la casa. Me acerqué a ella y puse mi

mano en su hombro. Al sentirme volteó, solo que ya no era ella sino otra cosa. Todo su rostro se veía como un enorme agujero abierto y sangrante. Cientos de afilados colmillos le crecían todo en derredor, como una sanguijuela. Mi primera reacción fue quedarme petrificado, hasta que la criatura lanzó un fuerte alarido, o mejor dicho grito agudo. En ese momento desperté. El corazón me latía muy a prisa y tardé un momento en volver a respirar con normalidad. Fue un sueño, solo eso, una pesadilla. Pero no podía decirse lo mismo del grito, ese si fue real.

Bajé de la cama, aun con las piernas temblorosas por las reminiscencias del sueño. Trastabillé hasta la cama de Ulises y me senté en el borde. ---Oye, algo pasa ---le dije. Luego lo zarandeé un poco para despertarlo.

---¿Qué? ---dijo adormilado.

---Que algo pasa, ¿no oíste el grito?

No le tomó mucho despertar. Tan pronto me escuchó abrió los ojos muy grandes y se desembarazó de las cobijas. Luego se puso sus lentes, se levantó de la cama y salió corriendo de la habitación. Me fui tras él, no tanto por ver el origen del grito, sino por su reacción.

El escándalo venía de la cocina. Papá abrazaba a Laura y trataba de tranquilizarla. Laura por su parte chillaba histérica. Obviamente ella fue la del grito. Estaba a punto de preguntar cuando Laura se destrabó con violencia de los brazos de papá y se acercó a Ulises. ---Tú ---dijo al tiempo que le daba

una fuerte bofetada. Los lentes de Ulises cayeron al suelo. Papá volvió a abrazar a Laura, creo que más con la intención de detenerla que con la intención de consolarla. Estaba hecha una furia.

---Yo no hice nada ---balbuceó Ulises. Sus ojos no tardaron en llenarse de lágrimas. El golpe fue fuerte, al menos así sonó. Y debió dolerle, porque de inmediato se llevó la mano a la mejilla.

---Mira la cara que tienes, Ulises ---dijo Laura en el mismo tono histérico--. Creí que ya habíamos acabado con esto. Me lo prometiste.

---Pero yo no fui, de verdad ---se defendió.

Papá clavó su mirada en mí, una mirada que no había usado antes, al menos no conmigo. ---¿Sabes algo de esto? ---dijo.

---No ---dije enseguida---. Yo no sé nada.

Y lo decía en serio. Ni idea de lo que estaba pasando. Porque ahí estaba, la causa de tanto alboroto. Ese olor acre, viscoso, repulsivo. Esas palabras, apenas legibles por los hilos que resbalaban hasta el suelo. Tal fue la impresión que incluso vomité ahí mismo. Un chorro de bilis con minúsculas sobras de la cena de ayer. Poco, sí; pero un vomito en toda regla a final de cuentas. Y es que la escena no daba para menos. Claro que no sabía nada de eso. Y sin embargo ahí estaban, resaltando en la pared blanca, esas palabras escritas con sangre.

«Vamos a jugar un juego.

Solo uno puede ganar.

¿De tres quién muere primero?

¿De dos quien muere al final?»

---Vístete ---ordenó Laura---. Vamos a la clínica ya mismo, no voy a dejar que hagas esto otra vez.

---Pero mamá. Yo no fui. Tienes que creerme.

---¿Qué pasa contigo? Ulises, por Dios. Creí que estábamos avanzando. Dijiste que Marcos y Hugo te gustaban. ¿Por qué nos haces esto?

---Bien ---intervino papá---. Lo que vamos a hacer es calmarnos, ¿de acuerdo? Según entiendo esta no es la primera vez que pasa. Y voy a ser honesto, no me gusta nada. Pero seamos prácticos, antes de tomar cualquier decisión de la que podamos arrepentirnos. Por lo pronto Ulises, si tuviste el "estómago" para hacer esto, también lo tendrás para limpiarlo. Mientras tanto hablaré en privado con tu mamá, para que me explique qué está pasando. Después si quieres puedes dar tu versión.

Apenas terminó papá de decir estas cosas Laura se entregó de lleno a los brazos de él. Siguió llorando, o mejor dicho gimoteando, solo que esta vez más sumisa y pasiva. Papá la alzó del mentón para verla a los ojos. El intercambio de miradas bastó para que el rostro de papá se ablandara por completo. Le dio un beso en la frente y la tranquilizó diciendo que todo saldría bien. Ella lo abrazó con más ganas, como si fuera su único punto de apoyo; y

así se la llevó papá, como si le fallaran las piernas. Me imagino que a su habitación o a cualquier otro lado para hablar de aquel problema.

---Tú sí que estás loco ---dije---. Loco en serio.

Ulises se inclinó para recoger sus lentes, luego se los puso.

---¿Qué significan esas palabras? ¿Y de dónde sacaste la sangre? Es mucha ---seguí.

---No lo sé ---dijo---. Te juro que no sé. Es que no debí quedarme dormido.

---Claro, ya entiendo. Estas enfadado. Y esta debe ser la forma en que expresas tu enojo. ¿Sabes? Estás chiflado. No, pero aún, eres un completo demente. Si lo que quieres es llamar la atención, esta no es la manera de hacerlo.

Ulises se encogió de hombros al escuchar mis palabras. Seguro que le calaron hondo, pues sus lagrimeos se hicieron más abundantes. Lucía horrible, con la cara mojada y colorada por el llanto. Y como si aquello no fuera suficiente la mejilla golpeada se veía aún peor, de ese insano rojo purpúreo, seguro el inicio de un hematoma.

---Déjame solo, por favor ---dijo.

---No eres peligroso, ¿o sí? ---y vaya si me interesaba saberlo---. O sea, no es como que intentarás matarnos a todos, ¿cierto?

No respondió. No sé si por no poder hacerlo o por no querer hacerlo pues

sollozaba de forma convulsa. Se quitó los lentes, se secó las lágrimas con la camiseta y luego volvió a poner los lentes en su lugar. Daba pena verlo, lo que no significaba que no me mosqueara lo de las letras con sangre en la pared, o lo del mensaje que hablaba de muerte.

Me fui de ahí, básicamente porque el olor a sangre me mareaba, además de que no quería volver a vomitar. Lo bueno es que eso me valió el faltar a la escuela, solo dije que ver tanta sangre me puso malo y me lo creyeron sin rechistar. Lo malo fue que me obligaron a tomar un té insípido, que justo por insípido y tibio me resultó casi tan asqueroso como la sangre. Pero, ¿qué se le iba a hacer?, las cosas buenas siempre traen consigo cosas malas.

Por supuesto que Ulises tampoco fue a la escuela. Limpiar la cocina le tomó todo el día. Lo más difícil según me enteré fue limpiar la sangre que se coló entre las juntas de los azulejos de la pared y entre las juntas del piso cerámico. Papá le obligó a tallar las boquillas con un estilete, hasta que ya no hubo rastro de la sangre. Luego Laura le obligó a lavarlo todo con cloro, hasta que estuvo convencida de que no había más bacterias. Y por último papá le explicó de qué forma se aplicaba la boquilla nueva y no lo dejó marcharse hasta que terminó de emboquillar tanto el suelo como la pared. Con eso la cocina quedó como nueva. Y según palabras de papá eso le enseñaría a Ulises el valor del trabajo que se hizo para que la casa fuera presentable ---cosas nostálgicas de los arquitectos supongo---, y por supuesto, el costo que tienen

las consecuencias de cada acción. Como sea, el tipo terminó muy cansado, cuando la noche ya había caído.

VEINTE.



---¿QUÉ FUE lo que pensaste cuando viste las palabras en la pared? ---
dice el doctor.

---Ya lo dije. No sólo era asqueroso, también era tétrico.

El doctor anota en su libreta.

---¿Dé donde crees que sacó la sangre?

El chico lo piensa.

---Yo qué sé. Tal vez mató a un gato o algo así.

---¿No pudo haber sido su propia sangre? ---dice el doctor.

---No se me había ocurrido. Pero, no creo.

---¿Desde cuándo empezaste a hacerte cortes?

El chico se remueve en su asiento.

---¿Qué clase de pregunta es esa? ---dice molesto.

---La clase de pregunta que debes contestar ---dice el doctor.

---Desde hace poco.

El doctor anota en su libreta.

---Esa cicatriz en tu brazo izquierdo, la que sobresale de la venda, es

antigua.

---¿Cómo lo sabe? ---dice el chico.

El doctor anota en su libreta.

---La sangre en la pared. ¿Estás seguro de que no era tuya?

---Qué tontería. No era mía; y seguro que de Ulises tampoco.

VEINTIUNO.



---NO ME preguntes nada, por favor ---dijo al entrar a la habitación. Volvía de ducharse luego de todo ese día de trabajo. Como de costumbre solo vestía sus calzoncillos, verdes en esta ocasión, aunque a diferencia de las otras veces no se puso su pijama, ni dio señas de querer ponérsela. Su cuerpo no presentaba ninguna herida. A menos que estuviera debajo de sus calzoncillos, cosa que no vi, pero en verdad lo dudo mucho.

Me vinieron muchas preguntas a la cabeza, pero, respetando su petición, no hice ninguna. Volví la vista a mi historieta e intenté concentrarme en la lectura. Y en eso estaba cuando Ulises encendió la luz. De un momento a otro las páginas tenuemente iluminadas por mi lámpara de lectura se esclarecieron por completo a causa de la luz blanca de la lámpara del techo.

---¿Qué haces? ---dije.

---No puedo explicarlo ---dijo---, por eso pedí que no hicieras preguntas, pero necesito que esta noche estén todas las luces encendidas.

Prendió también su lámpara de lectura, así como a su ejército de linternas, y las puso en rincones, debajo de las camas, dentro de los cajones, en el

clóset, en fin, en cualquier lugar oscuro. Después, cuando estuvo seguro de que no quedaba nada de oscuridad, ni siquiera una sombra ligeramente más espesa que el resto de las sombras, cerró la puerta con pestillo.

---¿Por qué pones seguro? ---dije.

Tardó en responder, estaba ocupado comprobando el funcionamiento de todas sus linternas. ---Te dije que no preguntaras ---hizo una pausa, como dudando en seguir hablando---. Es que, nada debe salir de aquí, ¿entiendes?

---¿Nada? Qué tontería. Sabes que la puerta se abre por dentro, ¿verdad? El seguro es para evitar que alguien de afuera entre, no para evitar que alguien de adentro salga.

---Tienes razón.

Y era cierto. En verdad tenía razón. Aun así, no quitó el seguro. Se acostó en su cama y se metió bajo sus cobijas. Y como era de esperar, incluso bajo sus cobijas encendió una de sus linternas.

---Ya sé que me dijiste que no preguntara, y por eso no preguntaré, pero esto es demasiado. No creo poder dormir con toda esa luz. Yo no tengo la culpa de que le temas a la oscuridad.

---No le temo a la oscuridad ---dijo---, le temo a lo que sale de ella.

---¿Y qué es lo que sale?

---Esa es una pregunta.

---No inventes Ulises, ¿cuántos años tienes? Ya te ves grandecito como

para que les temas a los monstruos.

Se destapó la cabeza y volteó a verme. Los lentes debieron caérsele debajo de sus cobijas. Traía un semblante genuinamente preocupado, y se acentuaba más por el morado en su mejilla. ---¿Puedo ir a tu cama un rato? ---dijo.

---No si no te pones tu piyama ---repuse.

Lo pensó un momento, luego se levantó, se vistió y se acercó a mi cama. Se sentó a un lado de mí, con las piernas y los brazos cruzados. Estuvo contemplando la ventana por un buen rato. Al igual que con la ventana de su cuarto en la casa de Laura ésta también la tenía sin cortinas.

---Hay algo, o alguien que me sigue todo el tiempo ---dijo al fin---. Cuando era pequeño decían que era un amigo imaginario, porque solo yo podía verlo. Y por mucho tiempo lo creí, que era un amigo imaginario.

---¿Y no es imaginario?

---No.

---Sí estás loco.

---Déjame terminar, ¿quieres?

---Adelante.

---Al principio mamá y papá no decían nada. Pero luego él empezó a decirme cosas, cosas que no debía saber ---siguió---. Como cuando te enteras de conversaciones en las que no estuviste presente, o el significado de

palabras que no conoces, aunque estén en otro idioma.

---Eso es raro.

---Sí, lo sé. El caso es que me llevaron al médico, pero como no tenía nada, es decir, físicamente era un niño sano, todos acordaron que el problema era psicológico.

---¿Todos quienes?

---Bueno, mamá, papá y el doctor.

---¿Y no estás loco? ---dije.

---Pues no ---dijo.

---Bueno, eso dicen los locos.

---Déjame terminar...

---Vale, termina.

---El doctor ---siguió---, no el que mencioné antes, sino otro, un psicólogo, intentó convencerme de que él no era real. Y por un tiempo lo creí, que todo había sido producto de mi imaginación. Era un niño pequeño, ¿sabes? Tenía como cinco años. Entonces no entendía la diferencia entre la realidad y la fantasía. Para mí ambas cosas eran prácticamente lo mismo. Con decirte que aun creía en Santa Claus y en el ratón de los dientes, ejemplos que por cierto el doctor usó para explicarme que hay cosas que no existen, aunque creamos en ellas con todo el corazón. Fue deprimente.

---¿Pero?

---Pero, ¿qué?

---Es que dices que te convenciste de que esa cosa no era real, pero ahora seguro que piensas que si lo es. ¿Qué cambió?

---Cuando me convencí de que él no era real pude enfrentarlo, pero eso a él no le gustó nada. Se enojó conmigo y me llamó traidor. Entonces comenzó a hacerme travesuras.

---¿Qué clase de travesuras?

---Al principio eran cosas simples. Tirar el champú o la pasta de dientes por el resumidero de la ducha, deshacer el jabón con el agua del lavamanos, rayar las paredes con mis crayones, esconder los zapatos de mamá, esconder las llaves de papá, cosas así. Desde luego que el que se llevaba los regaños por esas cosas era yo.

---Parece muy infantil ---dije.

---Tenía cinco años ---apuntó.

---Sí, ya me dijiste, tenías cinco años.

---Me refiero a él ---dijo---. Entonces él también tenía cinco años.

---Claro ---dije.

---Bueno ---siguió---. La travesura más grande que hizo en ese momento fue abrir las llaves del gas de la estufa. Papá se despertó a mitad de la noche y vomitó toda la cena. Al darse cuenta de lo que pasaba cerró las llaves, abrió las puertas y las ventanas y nos obligó a salir de la casa. Cuando la

ambulancia llegó mamá y papá estaban graves, apenas llegaron a tiempo para tratarlos por intoxicación.

---¿Entonces pudieron haber muerto? ---dije.

---Sí ---reconoció---. Papá mintió diciendo que había sido una fuga. Lo hizo para protegerme, o eso creo. Debió pensar que yo intenté matarlos, porque la puerta de mi cuarto estaba cerrada y sellada con cinta adhesiva, además mi ventana era la única abierta en toda la casa.

---Eso no se ve muy bien.

---Claro que no. Es decir, si se hubieran muerto yo sería el principal sospechoso. Aunque no sé si meterían a la cárcel a un niño de seis años. Como sea, esa misma semana papá nos abandonó, y poco después se divorció de mamá.

---¿Entonces tu papá no está muerto?

---No.

---Yo creí que estaba muerto; como mi mamá, que está muerta.

---No Hugo. Nos dejó, obviamente por mi culpa.

Me removí en mi lugar, es que se me durmió el trasero por estar sentado tanto tiempo en esa incómoda posición. Puse la historieta en mi mesita y crucé los brazos y las piernas, así como Ulises.

---Aquí no harás eso, ¿o sí? No intentarás matarnos ---dije.

---Que no fui yo ---dijo---. Fue él.

Ulises se levantó de mi cama y fue hasta la suya, o mejor dicho a donde su mesita. Abrió el cajón y sacó un paquete de galletas con chispas de chocolate.

---Sé que no me crees ---siguió---. Pero lo que digo es verdad.

Volvió a mi cama y se sentó otra vez, en la misma posición, con piernas y brazos cruzados. Tenía el paquete de galletas en su regazo.

---Pues tienes razón ---dije---, no te creo.

---Sí ---dijo---. ¿Quién lo haría? Laura tampoco me cree. Y no la culpo. Es decir, con el tiempo las travesuras fueron cambiando, se hicieron más oscuras, más malignas por decirle de alguna forma. Claro que nunca lastimó realmente a Laura, porque estoy seguro de que en el fondo él también la quiere, pero sí que acabó con sus nervios.

---¿Qué hacía?

---No tiene caso recordarlo. Lo importante es que descubrí una forma de detenerlo.

---¿Detenerlo?

---Bueno, no detenerlo, así acabando con él, pero si una forma de limitar su poder.

---No te entiendo.

---Ocupa de mí, ¿sabes? Por eso me aisló cuando hizo lo del gas. Si yo no tengo fuerza él tampoco. Por eso me quedo con hambre y por eso no duermo. Así él no puede hacer nada. A veces me dice cosas, pero solo eso.

---¿Lo que intentas decirme es que cuando te quedaste dormido le diste suficiente fuerza para que apareciera y escribiera eso en la pared?

---Eso mismo.

---Sigo pensando que estás loco.

Abrió el paquete de galletas y se puso a comer. Primero una, luego otra y luego otra. Las devoraba con ansias, como si en verdad las estuviera disfrutando.

---Esta noche dormiré ---dijo---. Estoy muy cansado, ¿sabes? Aun y con el azúcar de estas galletas sigo teniendo sueño. Así que estaré descansado y tendré toda esta azúcar. Mucha energía para él.

---¿Dices que estará aquí esta noche?

---Está aquí todo el tiempo, Hugo. El asunto es que tenga suficiente fuerza para manifestarse. Porque, si yo no tengo fuerza, no le queda más remedio que dormirse.

---No me gusta lo que me dices ---dije.

---Ya sé que no, pero no hay otra manera ---dijo---. Si lo ves así me creerás, y tal vez quieras ayudarme.

VEINTIDÓS.



---¿LE CREÍSTE? ---pregunta el doctor.

---En ese momento no ---dice el chico.

---Pero después le creíste.

VEINTITRÉS.



LA NOCHE fue confusa. Tardé mucho en poder dormir con toda esa luz. Sentía el cuerpo tan flácido como si fuera de hule. Era una sensación horrible, como si tuviera la certeza de que si dormía moriría, o como mínimo me quedaría en coma. Esa sensación, ese miedo, me hizo despertar varias veces antes de quedarme dormido por completo. Y cuando al fin lo conseguí, luego de debatirme con esa desagradable sensación, me sumí en un sueño pesado e incómodo.

En el sueño vi a Ulises. Estaba en su cama durmiendo, o, mejor dicho, inconsciente. Pero también estaba de pie a un lado de la cama, más despierto que nunca. Por alguna razón sabía que el Ulises de verdad era el que estaba en la cama, y que el otro Ulises era ese extraño amigo imaginario del que me habló.

---¿Qué es lo que quieres? ---le dije en el sueño, pero el Ulises falso no respondió.

En ese momento tuve la certeza de que si volteaba a mi cama me vería a mí mismo en ella. Estaría ahí, durmiendo, como ignorando lo que pasaba a mi

alrededor. No sé por qué, pero eso me dio mucho miedo. Me sentía tentado a voltear, pero a la vez no quería hacerlo. Y el Ulises falso debió percibir mi miedo, porque dejó de verme para centrar su mirada en mi cama.

---No te me acerques ---dije pensando en mi yo de la cama.

El Ulises falso sonrió, con esa sonrisa de idiota que siempre me fastidió. Y como para retarme empezó a caminar a mi cama. Retrocedí unos cuantos pasos, no quería que me tocara. Él por su parte no se detuvo, siguió avanzando, lento pero seguro. Así vi que, lejos a lo que imaginé, mi cama estaba vacía. Aunque no por mucho, pues el Ulises falso se metió en ella.

---Sal de mi cama ---le dije.

---Lo siento Hugo ---dijo en tono burlón---, pero me gusta estar aquí, es divertido ---luego sonrió---. Espero no te moleste que tome tu lugar.

Tan pronto terminó de decir esas palabras su apariencia cambio. Se hizo idéntico a mí, un Hugo falso. No podía dejar que se quedara en mi cama. Corrí a hacia él para tumbarlo, para defender mi sitio, pero se resistió. Le di unos cuantos golpes, pero se los cubrió todos. ¿Cómo pretendía robarme mi identidad? Esa identidad era mía, solo yo tenía derecho a ocuparla. Peleé con todas mis fuerzas, pero quedaba claro que él era más fuerte y hábil que yo. Forcejeé y forcejeé tanto como pude, y aun así terminé en el suelo. Me tiró de la cama de una patada, como si tal cosa. Eso me hizo llorar. No quería que el Hugo falso se quedara con mi lugar. Y es que sentí que lo haría, que se

quedaría con mi identidad y que nadie se daría cuenta.

---Quédate entonces ---le dije, no podía dejar de llorar---. Pero si lo haces lo lamentarás.

Salí de la habitación muy enojado, fui a la cocina, tomé uno de los cuchillos y volví a donde Ulises. Me subí a su cama, me arrodillé a un lado de él, lo arrastré para recostarlo sobre mis piernas, le alcé el mentón y puse el cuchillo en su garganta.

---Me pregunto qué pasará contigo si lo mato ---dije---. Sé que lo necesitas para vivir.

---No te atreverías.

---Pruébame.

Presioné el cuchillo en su garganta, hasta que sentí que la piel cedía al filo. En ese momento desperté. Sudaba frío y me temblaba todo el cuerpo. De hecho, sentía todo el cuerpo adolorido, como si me hubieran golpeado. Además, me dolía la cabeza, como si estuviera a punto de explotar.

---¿Estás bien? ---dijo Ulises. Me miraba con semblante preocupado---. Estabas gritando.

---Sí, estoy bien ---mentí---. No es nada.

No era nada, solo otro sueño.

---Es viernes ---dijo---. No creo que nos dejen faltar a la escuela otro día.

Se equivocó.

Salimos de la habitación al escuchar que papá nos llamaba. No tuve tiempo de recuperarme de la conmoción, así y con todo corrí hasta donde papá. Esta vez el alboroto venía de la estancia. Alguien había escrito sobre la alfombra. Afortunadamente para todos, esta vez las letras no eran con sangre, sino con jabón en polvo.

«No lo lastimes, hagamos un trato»

Papá nos dedicó una mirada a ambos, pero luego centró la vista únicamente en Ulises. ---¿Les parece que esto es gracioso? ---dijo. Obviamente el plural era por pura diplomacia, pues la pregunta iba dirigida exclusivamente a Ulises.

---Yo no fui ---dijo él.

---No sé si creerte ---siguió papá.

Las cosas empezaban a ponerse tensas. Y conocía bien a papá como para saber que estaba a punto de explotar; y esta vez Laura no podría calmarlo.

---Yo lo hice ---dije enseguida.

El rostro de papá pasó del enfado a la sorpresa, y de la sorpresa a la incredulidad.

---¿Por qué? ---dijo Laura.

---Yo... ---musité.

---Nunca habías hecho algo así ---dijo papá---. Este no eres tú.

---Yo lo hice ---insistí, tan claro como me fue posible---. Me siento

excluido. Ayer pasaste todo el día con Ulises. Pero a mí no me haces caso. Nunca me has dedicado un día entero, ni siquiera para castigarme.

---No sé qué decir ---reconoció papá---. No sabía que te sintieras así.

Claro que no sabía que decir.

---Sé que no debo estar celoso ---dije---, que prometí que no me pondría celoso. Pero no pude evitarlo. Lo siento.

Papá se me quedó viendo, luego volteó a la alfombra. Suspiró cansado, como cambiando su perspectiva de las cosas, como si de pronto las palabras en la alfombra cobrarán un nuevo sentido, uno más profundo, de mayor significado.

---Ve a tu cuarto hijo ---dijo papá---. Luego hablamos.

---Tú también ---dijo Laura.

Con eso ambos nos fuimos a la habitación.

En ese momento ignoraba que tanta verdad había en las palabras de Ulises. Una parte de mí, la lógica y escéptica, me decía que eran los delirios de un loco. Mientras que la otra parte de mí, la maleable y fácil de sorprender, quería creer que aquel cuento era real. Y es que la sucesión de eventos después del "incidente de la cocina", minimizado de esa manera por papá, llegaron a confundirme de tal forma que ya no me era posible distinguir si estaba dormido o despierto. Aunque por una parte el Ulises falso ya no hizo de las suyas en la casa, no con desperfectos tan notables como un mensaje escrito

con sangre en una pared, no por eso dejaba de fastidiarme todo el rato. Se metía en mis sueños y me hacía seguirle. Yo iba tras él más que nada con la intención de evitar que hiciera algo malo. Y él parecía hacerlo con toda la intención, pues dejaba todo en tentativas. Desde luego que Laura y papá lo notaron. A veces me sorprendieron levantado a mitad de la noche, en la estancia, en la cocina, varias veces en el patio. Y por supuesto que entonces me llevaba mis respectivos regaños.

VEINTICUATRO.



---¿ENTONCES AHORA si le creíste?

---No es tan fácil.

---A mí me pareció bastante fácil. De hecho, bastante fortuito.

---Me refiero a explicarlo, fueron muchas cosas, muchos factores.

El doctor agarra su libreta y apunta.

---Muchos factores---dice---. Qué curioso; me da la impresión de que sólo estabas celoso de que Ulises si tuviera la capacidad de llamar la atención para sí.

---¿Qué? ---exclama el chico.

---¿No sentiste eso? ¿Celos? Quisiste imitarlo, hacer las travesuras del Ulises de cinco años. Claro que tú no tenías cinco.

---Las cosas no pasaron de esa manera ---dice el chico apretando los dientes.

---Bueno. Es que, según esto, no sólo le creíste, sino que además te apoderaste de su psicosis. Por eso da esa impresión.

---¿Qué intenta decir?

El doctor anota en su libreta.

---¿Le creíste? ---dice, y hace una pausa.

El chico no contesta.

---Llévate esa pregunta de tarea. Se acabó el tiempo. Te veo la próxima semana.

»Por cierto, ¿quieres agua? No te ofrecí. Debes tener la boca seca.

VEINTICINCO.



EL CHICO está sentado a la mesa. Frente a él se encuentra un vaso de plástico con algo de agua. A juzgar por el sudor del vaso el agua debe estar helada.

El plato con su comida no lo tiene él sino su madrastra. La mujer se ocupa en cortar un filete en trozos pequeños, trozos muy pequeños, lo suficientemente pequeños como para no atragantarse con ellos. Corta la carne con paciencia y dedicación, con minuciosidad. Para cuando termina la carne ya se ha enfriado.

Da el plato a su hijastro y luego le pasa un tenedor de plástico con puntas redondeadas. El tenedor no sirve para pichar la carne, tampoco la ensalada, pero hace perfectamente el trabajo de cuchara.

---Come un poco, ¿sí? Por mí.

El chico come, aunque no parece disfrutarlo. Aun así, devora con apetito, un mecánico apetito.

Suena el teléfono. Laura hace amago de levantarse, pero se detiene.

---¿No pasa nada si te dejo un momento?

El chico no responde, sólo mastica, y mastica, y mastica, y traga, y bebe

agua.

---Bueno. Si es importante, ya llamarán después, ¿verdad?

El teléfono suena por dos minutos más, hace eco por toda la casa, después se calla.

VEINTISÉIS.



---HOY NO hay sillones ---dice el doctor---. Desapareció otro clavo, ¿puedes creerlo?

El chico permanece en la puerta del despacho.

---Pero adelante, puedes sentarte en esta silla.

El chico se acerca. Duda por un momento. Luego se sienta.

---Queda claro que tuviste tiempo para pensar en nuestra última conversación ---sigue el doctor---. Si quieres, puedes contarme qué pasó después.

VEINTISIETE.



SUPONGO QUE papá debió pensar que todo ese asunto del sonambulismo era una extensión de las palabras que le había dicho junto a la alfombra llena de jabón en polvo. Y es que cierto sábado en la mañana entró a mi habitación y me despertó con su peculiar sutileza, es decir, me zarandó violentamente mientras susurraba ---Hugo, despierta, Hugo, levántate---. Abrí los ojos y me sorprendí. La verdad no esperaba que me despertaran de esa manera, mucho menos que el que lo hiciera fuera papá. Me sonrió y me dijo que me vistiera. Lo acompañaría a ver a uno de sus clientes. ¿Y después? Después podríamos pasar tiempo juntos. Charlar, comer un helado, caminar por ahí, cosas así.

Salimos a la calle con la luz del día. Subimos a la camioneta y papá se puso en marcha.

---Sé que no he sido el mejor papá ---dijo. Extraña forma para empezar una conversación. No se me ocurrió nada que responder.

---Sabes que te quiero mucho, ¿verdad? ---siguió---. Para mi eres lo más importante. Y claro, no es justificación, solo que, cuando tu mamá murió me sentí perdido.

---Papá...

---Déjame terminar. Se relamió los labios como si tuviera la boca muy seca.

---Te descuidé Hugo. Esa es la verdad. Me engañé a mí mismo creyendo que era suficiente con estar en casa todos los días. Porque en realidad no estaba ahí. Mi mente no lo estaba. Y me perdí. No te cuidé, no te vi crecer, no te dediqué tiempo. Y ahora me arrepiento. Espero puedas perdonarme.

---Yo... ---dije---... no estoy enfadado. Jamás me enfadaré contigo. Te quiero mucho papá.

Volteó a verme, me sonrió y luego me revolvió el cabello. Era una situación incómoda, tanto para él como para mí. ¿Qué cosas teníamos en común? Pocas, se viera por donde se viera. Mi único pasatiempo, si se le puede decir así, eran los cómics y la televisión. Y en el caso de papá, no sé, trabajar, supongo.

Al poco rato llegamos a una gran casa en las faldas del cerro. El blanco de sus paredes resaltaba por encima del resto de las casas de la zona. Aunque para mi gusto era demasiado cuadrada, nada que ver con las otras que tenían adornos interesantes, como florituras, o cisnes, o picas, o estrellas, o lunas, o soles.

---Es hermosa, ¿no? ---dijo papá. Obviamente se refería a la casa---. Yo la diseñé.

---Sí ---dije sin mucho ánimo.

---Es minimalista, lo nuevo en tendencias. ¿Ves esas formas, el trazo de las líneas, como se dibuja? Aprovechan el espacio, ¿sabes? Lo optimizan. Todo es amplio, limpio y simétrico. Y las paredes. Ahora no lo ves, pero al atardecer, cuando le pegan los rayos de sol, el mármol brilla como oro, y toda esa luz se filtra por los ventanales, es como si el tiempo se congelara por un instante, como una vieja fotografía. Es, sencillamente, mágico.

Papá parecía realmente emocionado. Se veía en el brillo de sus ojos al hablarme de todas esas cosas. Y me habría gustado compartir su emoción, entender lo que me decía y ver esa magia. Pero para mí, la casa solo era un montón de cajas apiladas e incrustadas en el cerro.

El interior era igual de austero que el exterior. Tan solo el vestíbulo no era más que una enorme habitación vacía, sin más decoración que un intento de pintura al óleo al centro de la pared del fondo y un jarrón blanco con palos muertos en donde debería haber flores. Me parecía algo deprimente.

---Marquitos ---dijo el hombre que nos recibió---. Qué bueno que pudiste venir. Pasa, pasa, estamos todos en el estudio.

Esos todos eran otros dos hombres. A juzgar por la semejanza entre los tres supuse eran hermanos. Pálidos, de ojos aborregados y arrugados como uvas pasa. Vestían bien, eso sí. Perfectamente planchados y sin ninguna clase de mancha en sus camisas blancas. Su única diferencia, además de la edad era

el color de sus tirantes. El más joven usaba tirantes rojos, el mediano usaba tirantes azules y el mayor usaba tirantes negros. Nomás entrar nos invitaron a sentarnos en torno a una enorme mesa de madera. Era, de hecho, junto con las sillas, el único mobiliario de la habitación. Papá me presentó como su hijo. Los viejos me dedicaron una mirada, no mayor a cinco segundos, me saludaron con una sonrisa forzada y después siguieron ignorándome.

---Marquitos ---dijo don tirantes negros---. Supe que te casaste, felicidades. A ver si vas espabilando.

---¿Felicidades? Condolencias ---dijo don tirantes azules.

---Gracias don Marcelo, ya había pasado tiempo ---dijo papá.

---Siete años Marquitos, los conté ---dijo don tirantes rojos.

---Lo que sí es que se te ve más animado ---añadió don tirantes azules---.

La última vez que te vi andabas tan alicaído que casi te hacía en el sur con ese montón de aldeanos revoltosos.

---No tengo nada que ver con el comandante.

---No le hagas caso a este cascarrabias ---repuso don tirantes negros.

---¿Y para qué soy bueno?

---Estos viejos decrepitos que se les ocurre iniciar un negocio en año de elecciones ---dijo don tirantes rojos.

---Pues claro, Roberto. Ya se acerca el cambio. Es momento de crecer --- repuso don tirantes azules.

---Qué cambio ni que ocho cuartos, lo que ocupamos es continuidad. ¿Escuchaste Marquitos? Continuidad. Cuando vayas a botar piensa en eso, como estamos, estamos bien; estabilidad es lo que ocupamos, estabilidad, ante todo.

---Qué va, Roberto, lo que ocupas estabilizar es esa cabezota que tienes. Se te está desinflando, ponle más aire, cabeza hueca. ¿Qué estabilidad va a ver? Todavía no se enfría tu gran candidato en la tumba y ya estas siguiendo ciegamente al otro.

---Ya cállense los dos, par de mentos. Ni estabilidad ni cambio. Ya se van a acordar de mí. Y hazme caso Marquitos, si tienes dinero cámbialo todo por dólares, que al paso que vamos en una cosa de nada el dólar va a subir como la espuma.

---Estabilidad y continuidad ---masculló don tirantes rojos.

---Bueno, ya. Hay que hablar de negocios.

A la sala entró una señora cargando una bandeja con bebidas, según dijo, limonada. Nos entregó una a cada uno, empezando por don tirantes negros y dejándome a mí al final. Estaba amarga, lo que no impidió que me la tomara toda. En cuanto a papá y los viejos se dedicaron a hablar de ese negocio, un casino por lo que entendí. Entregaron a papá una carpeta muy gorda con un montón de papeles, supuestamente planos y estudios del terreno donde se construiría el casino. En realidad, nada de aquello me importaba, es decir,

todo el asunto me parecía aburrido.

---¿Puedo ir al baño?

Don tirantes azules se detuvo de hablar, con cara de sorpresa, como si hubiera olvidado que yo estaba ahí.

---Sí, hijo, ve ---dijo don tirantes rojos---. Anda a con Katia, que te diga dónde está.

En seguida don tirantes azules reanudó su argumento, como si mi interrupción no hubiera ocurrido nunca.

---¿Quién es Katia? ---pregunté, pero esta vez nadie me respondió. La discusión continuó con la misma intensidad. Quedaba claro que me encontraba completamente excluido de ella.

Salí de la sala al extenso pasillo. A la derecha estaba el deprimente recibidor, con esas ramas secas observándome desde su jarrón, y a la izquierda una enorme estancia con ventanales que daban al jardín. Me encaminé a la izquierda. Ahí estaba la señora que nos llevó las bebidas. Leía una revista mientras murmuraba una cancioncilla indescifrable. Estaba sentada en uno de los sillones, con las piernas cruzadas y la espalda muy recta. No sé por qué, pero en seguida me cayó mal.

---¿Usted es Katia?

---Si ---dijo, sin levantar la vista de la revista.

---¿Me dice dónde está el baño?

Alzó la mano y señaló una construcción solitaria del otro lado del jardín. Esperé un momento, por si diría algo, pero al poco bajó la mano y siguió concentrada en su revista.

Batallé para abrir el ventanal. y es que a simple vista no se veía ninguna manija o asidero. Intenté arrastrarlo con mis manos, empujando el cristal, pero solo conseguí dejar horribles marcas sobre su superficie. Con todo seguí buscando, hasta que encontré una pequeña muesca en uno de los extremos y al jalarla el ventanal se abrió, por lo menos lo suficiente para dejarme salir.

Ya afuera, con una panorámica mucho más amplia del patio de la casa, descubrí a una chica recostada en una tumbona. Estaba tomando el sol, bocabajo, vistiendo un bikini tan ligero que prácticamente no le cubría las nalgas. Además, tenía desabrochado el sujetador, o top, o como sea que se llame la parte de arriba del traje de baño. Es lo que hacen las chicas para lograr un bronceado parejo, creo. Por lo quieta que estaba y la forma apenas perceptible en que se movía su espalda con cada respiración, además de esos enormes lentes de sol, supuse estaba dormida.

---Hola ---dijo de repente. Incluso me sobresalté y retrocedí un paso.

---Hola ---correspondí nervioso.

---No eres un fisgón, ¿o sí?

---¿Quién? ¿Yo? No, para nada. Solo quiero ir al baño.

»Eso de allá es un baño, ¿verdad? ---señalé la construcción del fondo, la

del otro lado de la piscina.

---Sí, lo es. Aunque igual hay cinco baños completos dentro de la casa.

¿Por qué ir al del patio?

---La mujer del sillón, la que está adentro, me mandó a ese.

---¿Katia? ---dijo molesta, luego se incorporó, cuidando sostener bien el top para no dejar al descubierto ni un milímetro de la piel de sus senos, que, dicho sea de paso, no eran tan grandes---. Es una perra. Como sea, ve ahí si quieres.

Rodeé la piscina y entré al cuarto de baño. La puerta era de tablillas sesgadas, de las que impiden ver hacia dentro, pero permiten ver perfectamente hacia afuera. Y la chica debía saberlo, porque tan pronto abrochó su top y se recostó bocarriba, se cubrió pechos y piernas con una toalla.

Me sentía extraño orinando de esa manera. Por más que supiera que desde afuera yo no me veía, no me dejaba la sensación de que estaba expuesto. Hice lo que tenía que hacer, me lave las manos y salí lo más rápido que pude.

---No tardaste ---dijo al verme rodear la piscina de vuelta.

---A lo que iba, ¿no?

---Me caes bien ---siguió, y echó la toalla a un lado---. Ven, siéntate un rato.

Titubeé. El pendiente que brillaba en su ombligo, en medio de ese vientre

plano y bronceado, atraía mi vista como un imán a las limaduras. Me sentía inseguro y empezaba a sudar en serio. Aun así, me acerqué y me senté en la tumbona de alado, aunque dándole la espalda, lo que me permitió dar un respiro.

---Ya, recuéstate, no muerdo. De verdad.

Me recosté, con la vista fija al cielo, deseando con todas mis fuerzas que mi cuerpo se controlara y no me avergonzara con una erección inoportuna. De hecho, me sentía ya con una erección en progreso.

---Sabía que no eras un fisgón. Pero quería confirmarlo.

No se me ocurrió nada que responder.

---Y, ¿cuál es tu historia?

---¿Historia?

---Bueno, me imagino que tendrás nombre y alguna razón para aparecerte por acá.

---Soy Hugo. Vine con mi papá. Está adentro hablando con unos señores, cosas de trabajo.

---Ah, son los abuelos.

---¿Tienes tres?

---Solo uno, tonto. Los otros dos son más bien tíos abuelos, pero prefiero no enredarme mucho con eso.

No dije nada, estaba muy nervioso.

---Tu piel es joven, suave y tersa ---dijo al inclinarse sobre mí. Podía sentir su nariz a milímetros de mi mejilla---. Y hueles bien, a pesar de estar sudando tanto.

---Lo siento ---dije. Fue lo primero que me pasó por la cabeza.

---No te disculpes por eso, tonto.

Dejó caer la toalla sobre mis muslos y mi cintura, en un movimiento tan sutil y natural que pareció fortuito. Al ya no estar tan expuesto me sentí un poco menos vulnerable.

Me sonrió, como diciendo que no pasaba nada. Yo sonreí, como disculpándome.

Después tomó una toallita húmeda de un bote de plástico y me limpió la cara, con caricias cortas y suaves. El líquido era perfumado y debía tener alcohol, pues se secó muy rápido.

---Qué lástima que tengas esas espantosas bolsas debajo de los ojos. Porque, tus ojos son bonitos, ¿sabes? No son tan oscuros, pero tampoco son claros. Son más bien, enigmáticos. Pero las ojeras, no te favorecen nada.

Tocó la punta de mi nariz con su dedo índice, como dándome permiso de respirar, pues había estado conteniendo el aliento. Y al instante quedé embriagado de su aroma, tan dulce como adictivo, como a juego con su aliento mentolado. Sentí que me hundía en la tumbona, que caía al vacío y que mis extremidades se volvían de gelatina.

---¿Estás durmiendo bien? ---dijo.

---Sí. Bueno, eso creo.

---No parece.

Se acercó más, tanto que creí que iba a besarme, pero no lo hizo. Me puso un par de rodajas de pepino en la cara; una sobre cada ojo. Solo se aseguraba de que quedaran bien colocadas sobre las ojeras.

---Te ves cansado. Los niños pequeños deberían dormir, como mínimo, ocho horas diarias.

---Yo duermo. Además, no soy tan pequeño, tengo doce años, casi trece.

Río un poco; una riza más bien seductora que burlona. ---Cosita. Sí eres pequeño.

Pretendía replicar algo, pero me detuve. Básicamente, porque comenzó a untarme una sustancia extraña en la cara, algo así como una mascarilla. Tenía un aroma dulzón, de hecho, parecido al aroma de ella.

---Yo tengo veintiséis, te doblo la edad, y sé que soy joven. Para mí tú eres un niño pequeño.

---Pero no tanto ---repuse.

---Está bien, no tanto ---convino---. Aunque no le veo lo malo a ser pequeño.

Ya no se me ocurrió nada que decir al respecto. ---Y esto que me pones es para quitar las ojeras.

---El pepino sí, ayuda mucho. Pero debes ponerlo más de una vez, sino no sirve para nada. Lo otro solo es crema hidratante, para que tu piel quede más suave.

---¿Más?

No respondió. Solo tomó mi mano y comenzó a limarme las uñas. Era muy agradable sentir mi mano entre las suyas. Juraría que mi respiración estaba agitada y que mi corazón terminaría por colapsar de tan rápido que latía.

---Tienes uñas limpias y hermosas. Es raro para un niño de tu edad. Vives encerrado en una burbuja, ¿o qué? Hay que salir a ensuciarse las manos de vez en cuando.

---Sí salgo. Es decir, a veces. O sea, no siempre. Pero si salgo.

---Como sea. Dime por qué no duermes.

---No es mi culpa, es culpa de mi hermanastro. Tiene pesadillas.

---Vaya... Yo soy experta en pesadillas. ¿Quieres contarme? Podría ayudar.

Terminó de limar las uñas de mi mano izquierda y se pasó a la mano derecha. El silencio era abrumador, demandaba una respuesta, pero por más que me devanaba los sesos tratando de darle pies y cabeza al problema, no terminaba de organizarme.

---Es complicado, ¿sabes?

---Todos los problemas siempre parecen complicados cuando intentas hablar de ellos por primera vez, pero una vez que empiezas, pronto descubres

que en realidad no eran tan complicados como creías.

Sopló a las uñas de mi mano derecha, como deshaciéndose de las impurezas, después siguió limando. Yo tragué saliva y me preparé para hablar.

---Es extraño. O sea, no es una pesadilla común. Es como si hubiera algo o alguien provocándola. Y te diría que es un problema exclusivo de Ulises, pero de unos días para acá me ha afectado a mí también. Me he vuelto sonámbulo.

---Sonámbulo, ¿eh?

---Hay alguien, como si fuera una copia de mí, es decir, con mi apariencia. Intenta hacer cosas malas, maldades que ya dejaron de ser travesuras para convertirse en algo más serio y peligroso. Y cuando intento detenerlo despierto en los lugares más extraños. Y obviamente me regañan por eso, porque mi papá no cree que sea verdad eso del sonambulismo. El piensa que solo quiero atención.

---¿Y quieres atención?

---Bueno, sí, pero no de esa forma.

Terminó de limarme las uñas, luego retiró las rodajas de pepino de mi cara. Sentía los párpados frescos y relajados.

---Yo sí te creo ---dijo.

---¿De verdad?

---Sí ---confirmó---. Ya te dije que soy experta en pesadillas. Y tú lo que necesitas es una red.

---¿Una red? O sea, cómo.

---Una red, tonto, una trampa para sueños.

---¿Como las de los indios?

---Como las de los nativos americanos. Aunque no necesariamente igual.

Un atrapasueños común está hecho de sauce y plumas de águila. También hay unos de sauce, crin de caballo y plumas de águila. No solo atrapa a las pesadillas, sino que impide que entren. Caballo y águila son excelentes guías espirituales; sabios y poderosos. Pero están hechos para sueños comunes, tú ocupas algo más fuerte.

---¿Cómo algo más fuerte? Además, ¿de dónde rayos voy a sacar sauce, crin de caballo y plumas de águila?

Me quitó la toalla para cubrirse el regazo. De inmediato me incorporé y crucé las piernas para disimular un poco cierto incómodo detalle. Entonces ella se puso de pie y rodeo su cintura con la toalla, como si fuera una falda.

---Espérame aquí, en seguida vuelvo ---dijo, y se marchó.

Me sentía extraño y muy incómodo, no tanto por la situación de ahí abajo; ya una vez me había pasado en la escuela y frente a un montón de gente, así que no había punto de comparación; sino por la situación en general; estar ahí sentado en la tumbona, en esa casa insípida y gigantesca, hablando con esa señora, o señorita, tan guapa. Y no es que fuera un fisgón ni nada de eso. Porque, para ser honestos, me bastaba con la imaginación en caso de que me

apeteciera. Pero me gustaba la atención que me ponía, la forma en que se interesaba por mí. Incluso me creyó lo de las pesadillas, y eso que ni yo mismo terminaba de creérmelo.

---Ya volví ---dijo al pasar frente a mí.

Estaba tan ensimismado que no me di cuenta de su presencia hasta que habló.

---Ten, ocuparás esto ---siguió, y me dio una bolsa tejida color negro.

Dentro tenía un palo y un carrete de hilo.

---Es una ramita de sauce, un hilo de seda y las instrucciones.

En efecto, dentro de la bolsa, al fondo, también venía una hoja de libreta tan doblada que formaba un pequeño rectángulo.

---Lo único que falta, y tendrás que conseguir tú, son pelos de gato.

---¿Pelos de gato? ---dije---No me dirás que ese es mi guía espiritual, ¿o sí? O que un gato es más fuerte que un caballo o un águila.

---Oye, me gusta, hablas con más confianza.

---Lo siento.

---No te disculpes, tonto. Y sí, el gato también es un guía espiritual, pero no de la forma convencional. Y para nada que es tu guía. En todo caso tendrías una lagartija o un sapo. Como sea. Los gatos son especiales.

---¿Ah sí?

---Claro, sus ojos pueden ver cosas que nosotros no vemos, y, lo que es

más, sus ojos son portales a otros mundos. Por eso los gatos pueden ir a cualquier parte.

---¿Y eso que tiene que ver conmigo?

Se quitó los lentes de sol, imagino que para verme directo a los ojos. En cuanto a sus ojos eran verdes, uno muy bonito. No pude evitar agitarme de nuevo.

---Las pesadillas no pertenecen al reino de los sueños, porque los sueños se crean en el momento en que te duermes y desaparecen en el momento en que te despiertas. Además, tampoco pertenecen a nuestro mundo. Ellas vienen de otra parte, e intentan entrar a nuestros sueños, porque los sueños son reinos temporales que unen su mundo con el nuestro.

---Entonces, ¿esa cosa es real?

---El problema con tu pesadilla, es que no está en su mundo, sino en el nuestro. Así que, más que una trampa para impedir que entre a tu sueño, lo que ocupas es una trampa para devolverlo a su mundo, o uno más lejano, uno del que no pueda volver a salir, al menos no tan fácilmente.

---Y para eso ocupo un gato.

---Bueno, no es como que puedas atrapar cualquier gato, arrancarle un montón de pelo y ya. Él debe aceptar servirte de portal. Pero si tienes un gato en casa es más sencillo, seguro que accede a ayudarte.

---No tengo gatos. Bueno, tenía uno, pero hará unos siete años de eso.

La chica se llevó la mano al top y sacó del seno izquierdo una hoja doblada igual de doblada que las instrucciones en la bolsa negra.

---Te ayudará a encontrar un gato. Ahora vuelve con tu papá antes de que se preocupe. Si sigues las instrucciones al pie de la letra todo saldrá bien. Si no... bueno, no pensemos en eso, estoy segura de que lo harás bien.

Eché el nuevo cuadrito de papel a la bolsa negra y me levanté. Entonces mi cuerpo estaba relajado, por lo que me sentí seguro y a gusto conmigo mismo.

---Gracias ---dije.

---Melinda, así me llamo.

---Sí. Gracias Melinda.

---De nada Hugo. Qué tengas suerte.

Regresé a la sala con los viejos y papá, me senté en mi silla y esperé paciente a que terminaran con su discusión. Al parecer ninguno se dio cuenta de mi prolongada ausencia. De hecho, no se daban cuenta de nada que no fuera el asunto que tenían entre manos. Y así siguieron por un larguísimo rato. Bla, bla, bla, bla. Me había perdido tanto de la conversación que de plano no entendía nada.

---Pues entonces así le hacemos ---dijo papá, y tomó la carpeta gorda llena de papeles. En algún momento que se me había escapado alguien se encargó de acomodar cada hoja en su sitio. Seguro que papá mismo.

---Sí, Marquitos, nos vemos ---dijo don tirantes rojos.

---Me saludas a la familia ---dijo don tirantes negros.

No sé cómo, pero papá se las había arreglado para ocupar toda la mañana en casa de los viejos. Y más que preocupado por mi aburrimiento, se le veía muy entusiasmado por ese proyecto del casino. No paró de hablarme de sus grandiosas ideas, a las que yo sonreí, si cabe, de la manera más atenta.

Después de eso fuimos a comer hamburguesas. Enormes y grasosas hamburguesas del tamaño de mi cabeza. Y no es por presumir, pero la mía me la acabé toda. Supongo que porque me sentía bien. Y es que papá se interesó sobre la escuela, bueno, algo así, de modo que le conté atropelladamente todo lo que había querido contarle desde siempre. Él asentía mientras se comía sus papas a la francesa. En realidad, no sé si me entendió, pues ni yo mismo terminaba de organizarme. Pero me sentí genial, como si me liberara de una carga pesadísima de encima de mi espalda, o de dentro de mi estómago, o de ambas partes. Nomás terminamos de comer fuimos al cine. No había mucha variedad en la cartelera, así que vimos la película del león. Entré algo escéptico, pues se veía como para niños pequeños, pero vaya si me metí en la historia. Para cuando acordé ya estaba llorando por la muerte del papá león. No debía, pero por más que intentaba secar las lágrimas no dejaban de salir. Me sentía como un monstruo llorando por un león de caricatura, llorando delante de papá; es decir, no lloré por la muerte de mamá, ¿con qué derecho derramaba lagrimas por una película? Y lo peor es que papá me abrazo y

presionó mi hombro, como intentando consolarme. Qué vergüenza. Saliendo del cine papá me llevó a los bolos. Pretendió enseñarme a jugar, pero yo era decididamente malo, así que mejor lo dejamos por la paz. También me compró una camiseta y un montón de comics nuevos. Fue muy divertido, tanto que no quería que se acabara día, pero el día se acabó, y, regresamos a casa.

VEINTIOCHO.



---SUENA COMO a un día maravilloso ---dice el doctor.

---Lo fue ---reconoce el chico.

El doctor anota en su libreta.

---Sin embargo, no todo fue pasar la tarde con tu papá, y eso me intriga ---
sigue el doctor---. Cuéntame. ¿Qué le hiciste a las cosas que te dio esa mujer?

VEINTINUEVE.



TOMÉ LA bolsa negra que me dio Melinda y el resto de mis cosas, y enseguida me fui directo a mi cuarto. Aún quedaban como dos horas de luz de día, e independientemente de lo divertido que me la pasé con papá, ahora no podía sacarme de la cabeza las palabras de la chica. Me quité los zapatos, me trepé a la cama, encendí la lámpara de noche y saqué ambos cuadritos de papel.

---¿Qué haces Hugo? ---dijo Ulises al entrar a la habitación.

---Nada, cierra la puerta ---le dije.

Cerró, luego se acercó a mi cama y se sentó.

---¿Qué es eso?

No era que tuviera muchas ganas, pero le conté más o menos lo que Melinda me dijo. Ulises escuchó con los ojos muy abiertos. Definitivamente le hacían falta varias sesiones de rodajas de pepino para desvanecer esas horribles ojeras. No sé por qué no traía sus lentes.

---Y se supone que con esto vamos a construir la trampa.

---¿Entonces dices que es una pesadilla y que está en nuestro mundo? ---

dijo.

---No me vengas con escepticismos, que eres el menos indicado. Además, en caso de que todo el asunto de la trampa sea una tomadura de pelo, de todos modos, no tenemos nada que perder.

---Pero...

---Pero, ¿qué? No me siento a gusto admitiéndolo, pero pasa algo raro alrededor de ti. Antes de que vinieras dormía como piedra, ocho o más horas, y sin esas tontadas del sonambulismo. ¿Querías que te creyera? Pues te creo. Ahora necesito que mantengas a esa cosa dormida mientras averiguo como funciona esto.

---¿Crees que es fácil dormirlo?

---Sí. Ponte a pedalear en la bicicleta de papá para que te canses, olvídate de la cena, tomate dos jarras de café, ya sabes, algo así. Sé cómo funciona. Mientras tú dormías como si nada yo tuve que lidiar con esa cosa. No puedes quejarte de que no te dejé descansar, porque te consta que has dormido bien todos estos días. Pon de tu parte ahora.

---Está bien ---concluyó, luego se fue.

Según las instrucciones tenía que hacer un circulo con la barita de madera y usar el hilo de seda para armar un intrincado patrón similar a una telaraña. Era importantísimo conseguir una figura simétricamente perfecta. Dedicué toda la tarde a conseguirlo, atando y desatando el hilo, para después volverlo

atar, así hasta que la figura me convenció. Dormí hasta entrada la madrugada.

Los siguientes días los dediqué a conseguir un gato. No fue fácil, no era como que pudiera ir por ahí atrapar un gato cualquiera y quitarle pelo. Según las instrucciones el gato debía venir a mí. Salí al patio de atrás, adopté la pose del dibujo que venía en el instructivo y me puse a esperar. Aunque no era una posición del todo incomoda, como cualquier posición que se adopta por mucho tiempo, terminó cansándome. Me dolía las piernas, la cadera, la espalda, los brazos y el cuello. Seguro que me veía ridículo ahí sentado, con las piernas cruzadas, las manos sujetando los tobillos, la espalda arqueada hacia enfrente y la cabeza gacha.

Hicieron falta cinco días para recibir respuesta. Tal vez fue mi culpa, pues me levantaba a cada rato para estirar los músculos, o para ir al baño, o cosas así. Como sea, estaba concentrado en conservar la posición, a punto de ceder y levantarme, cuando algo tocó mi cabeza. Al alzarla vi que se trataba de un gato negro. Me miró directo a los ojos, o yo lo vi directo a los ojos, o ambos nos vimos directo a los ojos mutuamente; como haya sido, el caso es que hubo un choque de miradas como el que nunca había tenido y sentí un extraño escalofrío recorriéndome la columna vertebral. Me enderecé despacio para no asustar al peludo visitante. Aunque para ser honesto no parecía que tuviera miedo, de hecho, no me quitaba la mirada de encima.

---Hola gatito, ¿quieres ser mi guía espiritual?

El gato se subió a mis piernas y frotó su cabeza en mi pecho y en mis mejillas, luego se apartó de un gran salto y se me quedó viendo desde una distancia segura.

---¿Entonces es un sí?

Parpadeó un par de veces, lamió su pata derecha y se peinó la cabeza.

---Lo tomaré como un sí.

Me levanté del suelo cuidando no perder ninguno de los pelos que me dejó en la ropa y entré a la casa. Iba de camino a mi habitación cuando algo me cortó el paso y casi me hace caer. Era el gato, se frotaba en las perneras de mi pantalón mientras ronroneaba con todas sus fuerzas; temí que explotara o algo así, era demasiado ruido para un gato doméstico.

---¿Tienes hambre?

El gato se detuvo, volteó a verme con sus ojos verdes, tan profundos como dilatadas sus pupilas, y maulló con autoridad, como pidiendo algo, o exigiéndolo, según se vea.

Abrí la nevera y tomé un poco de jamón y algo de pechuga de pollo que sobró de la cena de ayer. Mi nuevo amigo lo devoró por completo, como si llevara días sin comer nada. Lo acompañé con un delicioso sándwich de jamón y queso y un vaso de leche fresca. Si él comía, ¿por qué yo no? Ya satisfechos nos fuimos de camino a mi habitación.

---Papá está en su estudio haciendo un trabajo muy importante, no hagas

ruido o nos meteremos en problemas.

Seguro me entendió, porque de pronto menguó su estrepitoso ronroneo. Le mostré el pulgar en alto como seña de mi aprobación y lo conduje por el pasillo a mi cuarto.

---No es toda mía, ¿sabes? La habitación es compartida.

---¿Con quién hablas? ¿Y por qué estás todo lleno de pelo? ---dijo Ulises al verme entrar. Estaba sentado en su cama con un libro en la mano. No sé cómo se le ocurre leer para mantenerse despierto, a mi leer me da muchísimo sueño.

---El llamado funcionó ---dije.

---¿Lo del gato?

---Ya tengo a mi guía espiritual.

En eso el gato maulló y subió a la cama de Ulises de un solo salto. Estiró las patas y la espalda, dio unas cuantas vueltas, como reconociendo el entorno, se acercó a una esquina, se acurrucó y se quedó dormido.

---¿Qué hace?

---No lo sé Ulises, ¿tengo cara de ser experto en gatos o en guías espirituales? Solo no lo molestes.

---Pero es mi cama.

---¿Eres alérgico a los gatos?

---No que yo sepa.

---Entonces no lo molestes, ni a mí tampoco. Solo preocúpate por permanecer despierto. Tengo que preparar todo para esta noche.

Tomé la bolsa con las cosas y saqué el instructivo. Por petición de Ulises volví a leerlo en voz alta.

---Trampa para pesadillas. Cómo romper un vínculo de sangre.

» Si una pesadilla nace con un vínculo de sangre pasa a ser uno con su anfitrión. Lo que le ocurra a uno le ocurre al otro. Sin embargo, el vínculo anfitrión-huésped no es irrompible. La forma más sencilla de dividirlos es enviando a la pesadilla hasta lo más profundo de la realidad, en el momento en que se pierda la sincronía entre la pesadilla y su anfitrión, en ese momento se estará cortando el vínculo de sangre.

» ¿Entendiste algo?

---La verdad es que no ---reconoció Ulises.

---Bueno, continúo.

» Primeramente construye la trampa. Necesitarás una ramita flexible de sauce, hilo de seda y tres pelos de un gato que acceda a servirte de guía. Haz un círculo con la ramita de sauce, después dibuja el siguiente patrón utilizando el hilo. No existe un método específico para conseguir el patrón, parte de la complejidad de la trampa consiste en la habilidad del cazador para construirla, así que suerte con eso.

» A continuación es momento de hacer el trato para abrir la puerta. Pide al

gato que accedió a ser tu guía que te de tres de sus pelos, ponlos en la parte superior del circulo de madera y sujétalos con un poco de hilo, asegurándote de dejar hilo suficiente para hacer un colgante.

» Ya por último cuelga la trampa en la pared, cerca de la cabecera de tu cama, y prepárate para dormir.

» Recuerda, a este nivel, un día es un minuto. No te dejes engañar por la pesadilla, descubre su treta y destrúyela. Cuando quede vulnerable usa los pelos de tu guía para apresarlo. No pierdas el camino, el hilo te ayudara a volver. Y por nada en el mundo permitas que el hilo se rompa; y descuida, solo tú lo podrás ver.

---Es la quinta vez que lo lees, pero sigo sin entender qué es lo que tienes que hacer.

---Yo tampoco lo entiendo, pero creo que tengo que pelear y no tengo miedo de hacerlo. Así que, con esto último, ya estoy listo.

Tomé tres de los pelos que el gato dejó en mi ropa y los enredé en la trampa, así como en el dibujo de las instrucciones, luego descolgué el reloj de la pared y colgué ahí la trampa.

---¿De dónde dices que sacaste al gato?

---El vino a mí ---repuse.

Voltee a donde Ulises, pero él no era el único que me observaba. El gato estaba sentado sobre sus patas traseras, con los ojos muy abiertos. No sabría

decir si me veía a mi o a la trampa, quizá a ambos.

---¿Me ayudarás si tengo problemas?

---Trataré ---dijo Ulises.

---No te preguntaba a ti, sino al gato.

---¿Y me dices loco?

---Sé que me entiende. Es como... como si estuviésemos conectados.

---Tú y el gato.

---Se llama Shatni, o algo así, quizá Shade. Definitivamente su nombre no es en español. Y es que él no es de aquí, ¿sabes? Llegó en un avión. Viajaba con una señora muy rica, hasta que se perdió en aeropuerto. Batalló mucho, pasó hambre y frío, pero logró salir adelante, y así llegó hasta acá.

---¿Sabes que son más de veinte kilómetros desde el aeropuerto hasta la casa?

---Por eso dije que fue un camino difícil.

Ulises cerró el libro y lo puso a un lado, luego acomodó sus lentes.

---Y vino directamente a buscarte a ti, me imagino.

---Claro que no ---dije---. Ya tenía algún tiempo en el vecindario. Me vio desde el primer día que empecé a hacer el llamado, y finalmente se acercó al reconocer mi insistencia.

---¿Y cómo sabes todo eso?

---Ni idea, solo lo sé.

---Bueno, Hugo, tienes razón, no soy nadie para juzgar lo que pasa. Lo que no significa que no me preocupen las cosas que duce esa hoja. Suena peligroso, y aunque me pone contento que te preocupes por mí, no me lo perdonaría si te pasara algo malo.

---No te preocupes, Ulises, todo va a salir bien.

Me puse mi pijama, apagué todos los focos y lámparas de la habitación y me recosté en mi cama para dormir. Ulises igual se vistió para dormir y se recostó en su cama. La única luz en el cuarto era la de afuera. Entraba por la ventana sin cortinas y me daba directo al rostro. Poco a poco fue menguando, cambiando de blanco a naranja y de naranja a azul, hasta que simplemente desapareció, sumiéndonos en una profunda oscuridad, de hecho, una tan densa que no parecía real.

TREINTA.



---¿Y ASÍ como así accediste a hacer un ritual pagano? ---dice el doctor.

El chico piensa antes de responder.

---¿Es usted cristiano, doctor? ---dice.

---Naturalmente ---confirma el doctor.

---Yo no.

El doctor anota en su libreta.

---Entonces, ¿qué pasó?

TREINTAIUNO.



ABRÍ LOS ojos muy grandes, tratando de percibir algo. Era como si de pronto me hubiera quedado ciego. ¿Pero cómo era posible? Estaba a punto de gritar con todas mis fuerzas cuando escuché un ronroneo tranquilizador. Era Shade, el gato. Entre más intenso era el ronroneo más claro era el ambiente en la habitación, hasta que finalmente quedó a media luz.

---¿Qué es esto? ---dije, pero no recibí respuesta.

Sentía algo rodeándome el vientre, era de hecho una cuerda, como de medio centímetro de grosor, muy similar al hilo de seda que me dio Melinda, aunque evidentemente más grueso. No me apretaba, pero tampoco quedaba flojo; y por más que tiré simplemente no cedió.

En eso estaba cuando una risa llamó mi atención. Estuve tan ocupado con la cuerda que no me di el tiempo de echar un vistazo a mi alrededor; y aquella definitivamente no era mi habitación. Bueno, sí que se parecía, pero no era la misma. Se entiende, ¿no? Para empezar, no veía ni al gato ni a Ulises por ninguna parte. También, la única cama en el cuarto era la mía, no estaba la dichosa computadora acaparando todo el espacio de mi escritorio y mi cajón

de pelotas y balones estaba vacío. Oh, y las cortinas, la ventana otra vez las tenía, unas muy gruesas debo agregar.

La risa volvió a alertarme. Definitivamente venía de afuera. Me acerqué a la ventana y descorrí una de las cortinas. Al instante la habitación se tiñó de rojo por la luz que entraba de afuera. El cielo era rojo como la sangre y las nubes negras como el carbón. Las plantas también eran diferentes. El césped amarillo y las hojas de los árboles naranja. El árbol, por cierto, no tenía la casita que mandó a construir papá. Seguía buscando similitudes y diferencias cuando apareció una señora. Iba tras su hijo, un niño pequeño de unos tres o cuatro años. Jugaban a pillarse.

---¿Tú sabes quiénes son? ---dijo una voz a mi espalda.

En seguida volteé. Era una réplica de mí, el Hugo falso. Estaba recostado en la cama, con brazos y piernas extendidas, como para ocupar todo el espacio.

---Esa no es mi cama ---dije.

---Claro que no es tu cama. Es la mía ---replicó en tono burlón, uno particularmente irritante.

---Vine a detenerte.

---¿Qué eres? ¿Un villano de caricatura? ---dijo, y se levantó---. ¿Qué no sabes que siempre sale mal el que cuentas tus planes antes de llevarlos a cabo?

---Voy a acabar contigo.

---Buena suerte con eso. Aunque, solo te recuerdo una cosa. Ulises y yo estamos conectados. Ambos somos uno. Si me haces algo a mí, se lo haces a él también.

---No lo creo ---dije.

Sonrió, de forma sardónica. ¿Dónde aprendí esa palabra? No lo recuerdo. Pero queda bien para describirlo, ¿no? Usted es el que sabe. Como sea. El caso es que sonrió de esa forma tan irritante, y luego adopto la pose. Es decir, cruzó las piernas y sujeto sus tobillos con las manos. Imitaba la pose del llamado que hice los días anteriores. Obviamente era una burla.

---Detente ---dije.

No reaccionó. De hecho, sonrió más, por imposible que parezca.

---Ya basta ---dije---. Detente ---insistí. Pero no abandonó la pose.

---¿Quién eres exactamente? ---dijo.

La pregunta me pescó desprevenido. ¿Quién era? El Hugo real, desde luego.

---Vienes aquí, a intentar encerrarme en este lugar ---siguió---. Pero, ¿con qué derecho? Soy un ser vivo, como lo eres tú, como lo es Ulises, como lo es Laura, o como lo es tu papá. ¿Por qué no podemos vivir todos juntos, en paz?

---No podemos ---reliqué enseguida---. Y el culpable eres tú, por esas cosas raras que haces. Además, ni siquiera perteneces a mi mundo.

---¿Tu mundo? ¿Desde cuándo es tuyo? Y a todo esto, ¿a qué exactamente te refieres por "mundo"? porque a mí me parece que seguimos en el mundo, ¿o no?

---No intentes engañarme, yo sé que vienes de otro mundo.

---¿Quién te dijo eso?

---No me lo dijo nadie, yo lo sé.

Por fin abandonó la pose y se levantó de la cama. Ya de pie cruzó los brazos y se me quedó viendo fijamente.

---¿Por qué me mientes? ¿Crees que no escuché las conversaciones que tuviste con Ulises? Sé que esa mujer te dio las instrucciones para que me trajeras acá. Lo que es muy injusto, porque nunca me preguntaste si quería negociar.

---No se puede negociar contigo.

---¿No? Yo di el primer paso y te ofrecí que hiciéramos un trato. Pero tú nunca aceptaste. Solo me seguiste a todas partes, acosándome. Y en todo ese tiempo, ¿qué de malo hice realmente? Porque me parece que no hice nada malo, y te consta.

Dio unos cuantos pasos a donde me encontraba, lo que me hizo retroceder un par de pasos hasta la pared.

---Tú no puedes formar parte de mi familia. Ni siquiera eres humano --- dije.

---Eso es discriminación. Mas, el que mi naturaleza sea distinta, no quiere decir que no sea humano, que no sienta, que no sufra.

---Ya hace mucho que se te acabaron las oportunidades de negociar, cuando intentaste matar a la familia de Ulises.

---Yo no intenté matarlos.

---Eso no fue lo que él dijo, o lo que creyó su papá. Por eso los dejó.

Suavizó la expresión de su rostro y luego sonrió. Y no es porque fuera idéntico a mí, pero se veía bastante bien. Nada que ver conmigo, ya que, en realidad, casi nunca sonrío.

---Podemos arreglar esto de forma pacífica ---dijo, y se acercó un poco más.

Yo ya no podía retroceder, así que solo cerré los ojos. Y no los abrí hasta que lo sentí, rodeándome con sus brazos, incluso hundiendo su barbilla entre mi hombro y mi cuello.

---Te he visto, y sé que estás solo: muy, muy solo. Pero conmigo, ya nunca lo estarás ---dijo, podía sentir su aliento en mi cuello---. Yo escucharé todo lo que quieras decir, te contaré todo lo que quieras escuchar, velaré por ti en tus sueños, te abrazaré cuando sientas frío y te reconfortaré cuando estés triste.

---No necesito nada de eso ---dije enseguida, y lo aparté de mí---. Sé lo que pretendes, y no te dejaré. Yo soy el Hugo real, tú uno falso. No ocuparás mi lugar.

---Bien. Si eso es lo que quieres.

Me dedicó una última sonrisa, luego dio media vuelta y se marchó por la puerta, a pasos lentos, parsimoniosos, retadores. Hasta se tomó la molestia de voltear a verme una última vez antes de desaparecer, solo que esta vez con una expresión ambigua. Yo, por mi parte, no me moví en todo ese tiempo. No sabría decir porqué. Supongo que estaba algo conmocionado. Por ridículo que parezca, sus palabras me calaron hondo. Con el puro abrazo tuvo para hacerme tambalear; es decir, ni siquiera podía recordar cuando me abrazaron por última vez antes de su abrazo.

Las risas volvieron a llamar mi atención. Venían de afuera. Pero al ver por la ventana no pude identificar a nadie. Tal vez eran invisibles, o tal vez se ocultaron. De cualquier forma, no cabía duda de que se trataba de la mujer y el niño, eso seguro, aunque no aparecieran por ningún lado.

---¿Qué debo hacer? ---dije. O tal vez lo pensé. No estoy muy seguro de eso.

El ronroneo sonó y pude tranquilizarme. Respiré profundo, me tomé mi tiempo para asimilar la situación, y solo entonces me puse en marcha. La puerta estaba abierta, como invitándome a salir al pasillo, cosa que hice, aunque no sin cierto temor. El ambiente era oscuro y húmedo, y justamente despedía ese tufillo a humedad, a encierro.

---Mamá ---dijo una voz. Venía de una de las habitaciones, la que se

supone debería ser la habitación de papá.

Me acerqué despacio, cuidando no hacer ruido; cosa difícil considerando el horrible crujido del suelo de madera. La puerta también estaba abierta, como invitando a pasar. Sin embargo, me quedé en la puerta, asomando tan solo un poquito la cabeza, lo suficiente para ver al interior.

Allí estaban la mujer y el niño. Ella se encontraba sentada en un taburete frente a su espejo, cepillando su cabello. Solo que, ese cabello no era del todo suyo, pues estaba sobre la cabeza de un maniquí, mientras que la cabeza de ella relucía como un foco. Venga, estaba completamente calva.

---Mamá ---volvió a decir el niño.

La mujer dejó de cepillar la peluca y volteó a donde el niño. Su rostro era gris y sus ojos parecían hundidos; y ahora que la veía mejor, vaya si estaba flaca.

---No llamaste a la puerta ---dijo ella.

---¿Por qué te quitaste el pelo?

La mujer tardó en responder.

---No pongas esa cara larga. ---dijo al fin--- Sonríe para mami, ¿quieres?

El niño sonrió. Batalló un poco, y más que sonrisa parecía un puchero.

---¿Qué es esto? ¿Una lágrima? ---siguió la mujer, y quitó la lagrima de la mejilla del niño, con su dedo pulgar---. Si lloras me harás llorar a mi también.

---Mario Benet dijo que te estabas muriendo.

---¿Y quién es ese tal Mario Benet?

---Un niño grande, vive al final de la calle.

La mujer tomó la peluca y la ajustó a su cabeza calva, también tomó un chal del perchero cercano y se cubrió la espalda y los brazos. Eso disimulaba muy bien su delgadez.

---Somos fuertes, ¿verdad? ---dijo ella.

---Sí ---respondió el niño.

---Todas las personas se mueren, algunas antes que otras, y otras después de algunas. Yo, no sé cuándo me vaya a morir, pero lo que sí sé es que me moriré algún día.

---¿Yo me voy a morir?

---Gradualmente lo harás, pero no será pronto. Primero debes crecer muy alto, más alto que yo o que tu papá. Y debes arrugarte, como la abuela.

---¿Y tú? ¿Te arrugaras como la abuela?

---Lo deseo con todo mi corazón. Para verte crecer.

---Yo no quiero que te mueras nunca.

La mujer se inclinó para abrazar al niño, y casi lo consigue, pero la inercia la desplomó al suelo, de donde ya no se levantó. El niño se arrodilló junto al cuerpo de su mamá. ---Despierta ---decía---. Somos fuertes, muy fuertes ---repetía---. Levántate ---pero no respondió.

Me descubrí llorando, todo lo ocurrido me estrujaba el corazón; me dolía,

como nunca me había dolido.

---Es muy triste, ¿verdad? ---dijo el Hugo falso.

---¿Por qué me muestras esto?

Continuó por el pasillo, desde la cocina hasta mi lado, entonces me ofreció la mano para ayudarme a levantar.

---Yo no te muestro nada, no tengo poder aquí ---dijo.

---Pero...

---Este sueño es tuyo ---siguió---, no mío, por eso el control lo tienes tú.

Tomé su mano y me incorporé.

---Sé qué esperas una pelea, y podría complacerte, pero, aunque ganara, esto ya es el fin para mí ---dijo---. No puedo volver sin tu ayuda, y no quiero quedarme aquí solo.

Volteé al interior de la habitación, pero ya no había nadie.

---No te tengo miedo, estoy listo para pelear.

---No me estás entendiendo ---siguió---. Ya no siento mi conexión con Ulises, la única forma de volver es haciendo una conexión contigo. Pero si no me aceptaras, igual no querría quedarme aquí solo. Así que, la decisión es tuya. Mátame, o llévame contigo.

TREINTAIDÓS.



EL AIRE acondicionado no es suficiente, prueba de ello son las gotas de sudor que brotan a borbotones de la frente del doctor. Este pasa su pañuelo, una, dos, tres veces, luego lo guarda en el bolsillo de su saco. Aprovecha la pausa para tomar un trago de agua y humedecerse los labios. En el inter observa al muchacho sentado en la silla. Es escuálido, endeble, taciturno. Los ojos del chico ven, pero no parecen ver nada; pasaría por ciego con facilidad. Permanecen fijos, dilatados, quizá absortos en los vendajes que rodean sus muñecas.

---¿Qué fue lo que hiciste? ---pregunta el doctor, y coloca la botella con agua en la mesa.

---Lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar ---responde el chico.

El doctor enrosca la tapa en la botella, vuelve a agarrar su bolígrafo y escribe en su libreta. ---¿Y qué es eso?

El chico levanta el rostro. Ve hacia enfrente, en dirección al doctor, aunque bien pudiera estar viendo cualquier cosa detrás de este. ---Suplicó con lágrimas en los ojos. Suplicó para que lo trajera conmigo ---hace una pausa, y

clava la vista en los ojos del doctor---. Pero, eso no era posible. Así que... --- vuelve a bajar el rostro.

El doctor continúa anotando en su libreta. Mientras tanto, el chico sigue sin hablar. Muerde su labio inferior, con tanta fuerza que resbala un hilillo de sangre por una comisura. Al mismo tiempo brotan lágrimas de su ojo derecho, y luego de un momento brotan de su ojo izquierdo.

---¿Lo mataste? ---dice el doctor.

---No podía dejarlo ahí solo ---dice el chico entre sollozos---. Yo sé lo que es estar solo, y eso duele. Te consume por dentro, hasta que ya no queda nada de ti.

---¿Y cómo te hace sentir eso?

El chico extiende los brazos como toda respuesta, y muestra los vendajes en sus muñecas al tiempo que agacha la cabeza.

---Nada de eso ocurrió, Hugo. No fue tu culpa ---dice el doctor, y coloca libreta y bolígrafo en la mesa, junto a la botella con agua.

---Estaban conectados. Me lo advirtió, pero no le creí ---sigue el chico, entonces retrae los brazos y se abraza a sí mismo.

---¿La pesadilla y Ulises?

---Sí ---sigue el chico---. Los pelos del gato se transformaron en grandes alfileres, y yo ---hace una larga pausa, como agarrando valor para seguir hablando---. Yo los clavé en él, uno a uno, directo en su corazón.

---Así no ocurrieron las cosas ---dice el doctor---. Tu hermano llevaba días sin dormir. Tarde o temprano su corazón iba a fallar. Era inevitable.

---Cayó al suelo. Yo lo acogí en mis brazos. Era tan frágil. Ya no tenía mi rostro, ni mi cuerpo. No era yo, sino él. Era Ulises. Tan quieto, tan apacible, tan frío y pálido. Casi era como si durmiera. Jamás lo había visto así.

---Todos lamentamos la muerte de Ulises. Tienes toda la razón y el derecho de sentirte triste por ello. Pero no puedes culparte, no por algo que tú no hiciste.

El chico seca las lágrimas de su rostro con los vendajes de sus muñecas. Se acomoda en el asiento, lanza un gran suspiro y posa los brazos sobre su regazo.

---Suponiendo que tenga razón ---dice---, ¿eso no me hace igual de culpable? Porque yo sabía que él no dormía, y jamás dije nada.

---¿Sabías que podía morir por esa razón?

---No realmente.

---Entonces no puedes culparte.

---¿Sabe doctor? No sé por qué me da la impresión de que no sabe qué decirme.

El doctor vuelve a secarse el sudor del rostro. Después toma su libreta para ver los apuntes. Algunas hojas las pasa rápido, en cambio se toma su tiempo para examinar otras.

---Lo que te pasa es muy simple. Sientes culpa por la muerte de tu madre, y por la muerte de tu hermano. Te sientes impotente, porque ambos se desvanecieron en tus manos sin que pudieras hacer nada.

---¿Y cree que el saber eso me hará sentir bien?

El doctor se queda en silencio. Observa al chico directo al rostro. Él a su vez devuelve la mirada con la misma intensidad.

---Dime algo Hugo, ¿en verdad pretendías morir?

---¿Qué clase de pregunta es esa? ---dice el chico. Usa el pulgar para limpiar la sangre que mana de su labio, luego vuelve a acomodarse en la silla.

---Leí el informe. Las heridas son superficiales. Aunque no te hubieran encontrado, no hubieras muerto.

---Pues no es que sea experto en suicidios, ¿sabe?

---Ya pasaron dos años Hugo ---sigue el doctor---. ¿Por qué hasta ahora?

---No lo sé. Se supone que es el trabajo de usted averiguarlo, ¿no?

---No. Mi trabajo es conseguir que tú lo averigües, de preferencia por tu cuenta.

---Lo siento, pero me parece una completa negligencia de su parte.

---¿Tú lo crees?

---Sí.

El doctor vuelve a dejar libreta y bolígrafo sobre el escritorio.

---Está bien. De cualquier forma, ya terminamos por hoy. Piensa en la

última pregunta que te hice, ¿por qué hasta ahora? Nos vemos la próxima semana.

---¿Es todo? ---replica el chico.

---Sí. Ya puedes irte. Hasta la próxima semana.

---No me está ayudando. Lo acusaré de negligencia.

---¿Ah sí? ¿Y exactamente por qué? Si se puede saber.

---¿Me manda así nada más? ¿No me recetará algo por lo menos?

---No necesitas medicamentos, Hugo.

---Pues me voy, aunque no sé si siga aquí para el siguiente jueves.

---Acúsame de negligencia, te mantendrá ocupado hasta la próxima cita.

---Es un mal doctor.

---Adiós, Hugo.

El chico se queda sentado un momento, con la vista fija en el doctor, hasta que se cansa de esperar una reacción. Entonces se levanta y sale del despacho.

TREINTAITRÉS.



SON CERCA de las dos de la tarde. El andén no está lleno, pero tampoco está vacío. El chico camina hacia las vías y se queda de pie sobre la línea amarilla. Nadie parece advertir el peligro, salvo el guardia, quien le pide que retroceda un paso, detrás de la línea.

El viento sopla desde el norte, desprende la gorra de su cabeza, la hace dar varias piruetas y finalmente la deposita en las vías, en uno de los rieles. Nadie, salvo el chico, advierte eso.

Sus cabellos ya no son negros, así como su piel luce al menos dos tonos más clara. Las quemaduras en las manos y mejillas delatan el uso irresponsable de peróxido.

Se queda observando a la gorra con aprensión. Será aplastada por el tren y dejará de existir en apenas un instante; sin dolor, sin oportunidad de retractarse.

El andén tiembla a causa de la proximidad del tren. El chico voltea a la procedencia del ruido, el tren se acerca a gran velocidad. Vuelve a ver la gorra y respira profundamente. Entonces alza la mirada y la ve. Es ella. El

mismo cabello, los mismos labios, el mismo pendiente en el ombligo.

No da el paso. El tren llega al andén; bajan pasajeros, otros suben; luego se va.

El chico corre a las escaleras para bajar e ir a aprisa al otro lado del andén. Abajo le espera la chica.

---No ibas a saltar, ¿o sí? ---dice ella.

Él niega con la cabeza.

---Ven conmigo, te propongo algo mejor, más efectivo que saltar a las vías del tren.

Va con ella.

FIN

EPÍLOGO.



LAURA ENTRA a la habitación que fuera de su pequeño. Parece mentira, pero sí, ya han pasado más de dos años desde que Ulises murió. Fue difícil superarlo, pero pudo reponerse. Y, sin embargo, ahora el dolor vuelve; un dolor fresco, punzante, tangible, renovado y recargado.

Se acuesta en la cama y abraza la almohada. Solloza desconsoladamente.

No dura mucho tiempo ahí. El dolor pronto se transforma en desconcierto, después en rabia. Dos años no son suficientes para olvidar el aroma de su bebé, y aquel aroma no es el de su pequeño. Se levanta asqueada. Toma la almohada y hunde la cara en ella, para confirmarlo. Aspira profundo para llenarse los pulmones de aquel aroma extraño. Lanza la almohada lejos.

Se acerca al escritorio y se arrodilla junto a la silla. Olfatea el asiento y el respaldo, incluso los lame. No reconoce ese aroma ni ese sabor. Deambula por toda la habitación, como leona enjaulada. Alguien más ha estado ahí, alguien más ha ocupado el lugar de su pequeño, el tiempo suficiente como para dejar su esencia en todas partes, el suficiente como para borrar la esencia de su verdadero hijo.

Grita desesperada y lanza todo lo que se atraviesa a su paso. La silla, el escritorio, las cobijas, la ropa. Todo huele a niño, un sudor acre, pero aun dulzón. Sudor de niño, mas no el sudor de su niño. Se siente furiosa por esa ultranza. Le arrancaron de las narices lo único que le quedaba. En un arrebato alza el colchón y lo lanza lejos. No puede soportar la idea de alguien más a dormido en la cama de su bebé, profanando así su recuerdo. Entonces lo ve.

Respira profundo, en medio de la habitación que ha destrozado con sus propias manos, intenta tranquilizarse. Se acerca al colchón en el suelo, lento, se inclina, toma la bolsa de plástico adherida a él y la arranca de un solo tirón.

Dentro guarda una hoja de papel, lo que parece ser una carta. No logra reconocer la letra.

Lee con detenimiento, parece ser una nota de suicidio. En ella un tal Hugo se despide de su padre y de Laura, y se disculpa por la muerte de Ulises, su Ulises.

La carta es confiscada por la policía. En ella se encuentran huellas parciales, todas pertenecientes a un niño, o a una mujer con dedos muy finos. De cualquier manera, no hay registro de ellas. Fuera de eso, el contenido de la carta es absurdo.

---Según el acta de defunción su hijo fue encontrado muerto por fallo cardiaco ---dice el policía.

---Es correcto ---dice Laura.

Marcos está a su lado, la envuelve con su brazo derecho mientras con su mano izquierda toma la mano de ella.

---El hallazgo de esta carta no tiene sentido.

---Está fechada ---dice Laura---, es de hace unas semanas.

---Entiendo eso, pero...

---Tal vez lo hizo un acosador ---dice el otro policía, interrumpiendo al primero---. ¿Algún enemigo? ¿Alguien que tenga interés en dañarlos o molestarlos?

---No que sepamos ---dice Marcos.

---Admito ---sigue el primer policía--- que la carta es extraña, y de muy mal gusto. Pero no tenemos más pistas. Usted, señora, destrozó esa habitación. Si había algo que encontrar, ahora es imposible.

---No puede quedarse así.

---Sugiero que abramos los ojos. Si hay algún acosador, atacará de nuevo, y entonces podremos atraparlo.

---O atraparla ---agrega el otro policía, pensando en las diminutas huellas digitales.

Laura y Marcos vuelven a casa.

---Es muy extraño ---dice él.

---No quiero ni pensar en eso.

---Veras. Mi abuelo se llamaba Hugo. Cuando tenía veinte años, y mi

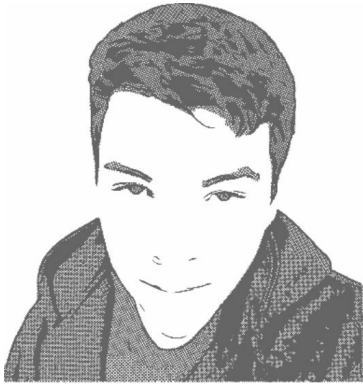
abuelo murió, me dije que, si tenía un hijo, así lo llamaría, Hugo.

---Ahora no, Marcos.

---Lo siento.

FIN

SOBRE EL AUTOR.



ORIUNDO DEL área metropolitana de la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México. Su vicio más grande, hasta la edad de quince años, siempre fue la televisión y hacer el vago todo el rato. Un buen día consiguió su primer empleo, con algo de ayuda, y al menos hasta el día de hoy ese primer empleo sigue formando parte de su vida. A una edad, más bien tardía, se le ocurrió que tal vez no sería mala idea tomar un libro al azar y empezar a leer; una cita a ciegas con un libro. A partir de entonces se convirtió en un verdadero devorador de letras. Años después, cansado de leer las mismas historias una y otra vez, se le ocurrió que él podía narrar esas mismas historias a su manera. Así, armado con una laptop y una taza de café negro sin azúcar, comenzó a escribir. Esto que tienes en tus manos no es lo primero que ha escrito, seguramente esas primeras letras fueron eliminadas de cualquier soporte informático, básicamente por temor a que alguien pueda leerlas, son muy penosas. Sus estudios son limitados, pero no le avergüenza ser reconocido con el apelativo de analfabeta o ignorante, nunca esos adjetivos le han detenido de alcanzar sus metas. Esta felizmente casado con su adorable esposa Anakaren, a quien ama con locura. Es diseñador y programador en una empresa de desarrollo de software, como los hay millones. Lo mismo que escritores, que hay por montones. Al parecer le gusta ser del montón.

AGRADECIMIENTOS.

Anakaren, amor, gracias por ser tan paciente conmigo. Sé que escribir es una labor solitaria, y pudiera parecer bastante aburrida, por eso tengo en alta estima tu comprensión. Pero oye, al menos no soy de los que escriben todo el rato, todos los días.

Y gracias lector por acompañarme en esta aventura. Te aseguro que hay más. No seas malo y, si te gustó, pasa la voz. Tal vez esta historia pueda interesarle a un amigo o amiga, tal vez quieras dedicarme algunas palabras en tu red social favorita recomendando mi libro, o tal vez quieras comentarme personalmente qué te pareció, este es mi correo: eleserfstone@yahoo.com

Atte. Ele Serfstone